
**SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
UNIDAD AJUSCO
LICENCIATURA EN PEDAGOGÍA**

EL LECTOR NO NACE, SE HACE:

CLUB DE LECTURA BÚHOS

PROYECTO DE DESARROLLO EDUCATIVO

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PEDAGOGÍA**

PRESENTA:

YAEL HERRERA YEPEZ

ASESOR:

MTRO. RIGOBERTO GONZÁLEZ NICOLÁS

CIUDAD DE MÉXICO , OCTUBRE 2017.

Amados papá y mamá:

Hoy veo hecho realidad un sueño que a veces sentía inalcanzable, fueron tantos años, tantas las caídas, los golpes que llegue a perder la fe, sin embargo ustedes creyeron en mí siempre, fue su amor tenaz, lleno de fervor el que me llevo avante, las oportunidades que me brindaron encendieron el fuego que mi alma necesito para renacer. Ha sido mucho el tiempo que espere para poder agradecerles; gracias por no desampararme y por acompañarme siempre, este triunfo es tanto de ustedes como mío ¡LO LOGRAMOS! Los amo.

Yeny, amor de mi vida:

Me regalaste amor para siempre, has puesto calma a las guerras de mi alma, diste esperanza a mi fracaso con tus ojos inmensos, y me ofreciste tus brazos aun cuando no los merecía, me ofrendaste los triunfos de tu lucha, e infundiste valor en mi corazón timorato.

Me abrazaste con ternura en días desolados, me dejaste escribir en el libro de tu historia, y has abierto un panorama de una vida juntos, eres luz e inspiración de este hombre extraviado. Aunque el tiempo es incierto y muchas veces cruel, todo lo que me diste me pertenece por la eternidad, y lo que yo te di siempre te acompañara, esto no es más que el amor que te profeso, es el juramento hecho realidad por aquel día en que elegimos construir y pelear por una vida juntos, porque eres mi luz que disipa las tinieblas, ahora sabrás lo hermoso y maravilloso que es haberte conocido.

Volamos a una aventura más juntos, logramos lo imposible para alcanzar lo fantástico. Rebasamos los días de sombras y tormentas que vivimos para mirar el arcoíris porque nos atrevimos a soñar, tuyo es mi amor y mi eterno agradecimiento.

Rigo:

Gracias por contagiarme el amor a la literatura, por darme el empujón para dar el salto de fe que se necesita para abordar una temible hoja en blanco y por no permitirme contener mi voz interior.

Terry, Kipper y Bombo:

Mis amigos peludos que siempre tienen su noble corazón dispuesto a consolarme, me hacen reír y olvidar los malos momentos, también dejaron huella y por eso les agradezco.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....1

CAPÍTULO 1.

AUTOBIOGRAFÍA LECTORA. EL DIBUJO DE LA ESCRITURA.....7

CAPÍTULO 2.

ESPACIOS GENERADORES DE LECTOESCRITURA. EL ENTORNO DEL
KINDER *GYMBOREE*.....28

2.1 Un ojo y una oreja para aprender. Mis visitas a los lectores en voz alta y
cuentacuentos.....32

CAPÍTULO 3.

EL GRUPO BÚHOS DEL KÍNDER *GYMBOREE*.....39

3.1 ¿Cómo preparaba las clases?.....40

CAPÍTULO 4.

DESARROLLO DEL PROYECTO. LOS BÚHOS Y MIS HISTORIAS.....44

Sesión 1: Cosechemos una zanahoria.....44

Sesión 2: Los burros verdes existen.....48

Sesión 3: Dime que comes, te diré quién eres.....52

Sesión 4: De la suerte y otros infortunios.....55

Sesión 5: Más vale relajado, que preocupado.60

Sesión 6: En los zapatos del otro.....63

Sesión 7: Todos los monstruos saben leer.....66

Sesión 8: La voz de la imagen.....69

| | |
|--------------------------------------|-----------|
| Sesión 9: Recordar es vivir..... | 72 |
| Sesión 10: La despedida..... | 76 |
| 4.1 ¿Por qué elegí esos libros?..... | 79 |
| REFLEXIONES FINALES..... | 81 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 85 |

PRESENTACIÓN

“Sólo los libros sacarán de la barbarie a este país.”
José Vasconcelos

En este documento sintetizo mis experiencias vividas con los niños de tercer año de educación preescolar que viven y crecen al sur de la ciudad de México. Estos chicos tuvieron un acercamiento con la lectura dinámica y viva, la lectura que no es solemne y únicamente para aprender, sino más aún, por placer.

En la actualidad, actividades como mirar televisión o navegar por internet le han ganado terreno a la lectura impresa. El libro, como formato, está siendo desplazando por otras plataformas “más atractivas” y, en ámbitos como el de la familia y el de la escuela, lejos de proponer alternativas para aminorar el dilema, vacunan a los más jóvenes contra la lectura.

La lectura obligada es un error. Cabe señalar que esta actividad no implica que el sujeto piense o reflexione sobre lo que lee y, peor aún, ni siquiera comprende lo que el autor pretende comunicar. La consecuencia del alto costo de los libros y de utilizar a la lectura como castigo es que sean aborrecidos.

Sabemos que los jóvenes buscan otras maneras de aprender, de entretenerse, de relacionarse. Dichas actividades no les exigen pensar, imaginar, replantearse situaciones, mirarse a sí mismos, caminar en los zapatos del otro. Viven en un medio de respuestas dadas, de ensimismamiento, de copiar y pegar... En este punto el libro debe intervenir y rescatar a las jóvenes inteligencias.

La lectura es un arma potente contra la ignorancia. Es el bálsamo para el dolor y el poderoso combustible para las ideas y la imaginación. Es la incitación a romper esquemas, es el retorno a la vida, pero este poder difícilmente se manifestará si el libro es acercado al lector de manera alevosa.

Un niño que descubre el placer de la lectura —además de encontrar refugio para su amor, su amistad, su soledad, sus miedos y aspiraciones— habitará en un mundo que lo conmoverá y estremecerá. Jamás renegará acerca de la magia de la lectura; sin embargo, nadie nace siendo lector, éste se hace, no nace. El libro álbum es una formidable herramienta para descubrir el gozo de leer. Al combinar la palabra y la imagen el mensaje se fortalece, lo que la palabra no dice, el dibujo lo narra y a la inversa.

El libro álbum es la alternativa al libro de texto, al tener un alto impacto visual, lo hace más atractivo para el usuario en general. Por ser inclusivo, permite más de un tipo de lectura. El libro álbum puede ser leído por cualquiera, en donde sea, no se necesita de un ambiente particularmente estricto ni controlado, por ello, los cuentacuentos abren las puertas para su libre interpretación. Un libro vivo e interactivo, es más atrayente. Según Evelyn Arizpe “vivimos en un mundo cada vez más visual, en el que se acepta de buen agrado que las imágenes superen a las palabras como medio de comunicación predominante” (Arizpe, 2003:15).

La lectura es el puente hacia una mejor sociedad. Con la lectura abrimos la imaginación y propiciamos el desarrollo cognitivo de los individuos, se descubre la otredad, también se desarrolla la capacidad de pensar y compartir sentimientos, en pos de un mundo más humano y sensible. Como bien lo dijo el editor Daniel Goldin al presentar el libro de Michéle Petit, “...es necesario promover la formación de lectores jóvenes” (Petit, 1999). Y en palabras de Esther Jacob el “...no leer, es no saber, y por lo tanto no pensar” (Jacob, 1999:11).

Mi proyecto de intervención parte de analizar diversas sesiones de lectura en voz alta y de cuentacuentos en librerías del Fondo de Cultura Económica (FCE), que me permitan aprender técnicas de promoción a la lectura, como una actividad alternativa dentro del salón de clases, para así fomentar y estimular el gusto por la lectura.

La preparación del proyecto *Club Cuentacuentos* se llevó a cabo en dos librerías del FCE. Primero, en la librería *Octavio Paz*, ubicada en Av. Miguel Ángel de Quevedo 115, colonia Chimalistac y, en segundo, en el *Centro Cultural Helena Garro*, localizado en Calle Fernández Leal No. 43, Coyoacán. En ambos lugares aprecié las técnicas de lectura en voz alta de los narradores y de los cuentacuentos.

Después de esas visitas, realicé la intervención en la escuela *Kinder Gymboree Coapa*, ubicado en calzada de las Brujas No. 2, Ex Hacienda Coapa, 14390, Ciudad de México. En este sitio tuve la oportunidad de leerles en voz alta a los niños prescolares y llevar a cabo lo aprendido con los narradores en voz alta.

¿Qué entendemos por lectura?

Es el proceso de significación y comprensión de algún tipo de información o de ideas almacenadas en un soporte, tales como los libros y transmitidas mediante algún código, usualmente un lenguaje, el cual puede ser visual o táctil. “A través de la lectura se entiende y se comunica el lenguaje escrito o de forma más antropológica podría decirse que es el proceso que rescata las representaciones del mundo traspasadas o plasmadas en una transcripción simbólica que se puede descifrar y entender” (Silva, 1997:73).

Desde el punto de vista psicológico la lectura y la escritura son procesos complejísimos [...] y en ellos se originan muchas de las dificultades en el aprendizaje. Desde hace algunos años se presta gran atención a los mecanismos de aprendizaje de la lectura que están directamente relacionados con otras capacidades cognitivas (Deval, 1991:52).

La lectura no se limita a una codificación, tampoco a una reproducción literal, sino que es un proceso de interpretación y construcción que el lector hace, de esta

manera, obtendrá una comprensión, relacionando sus conocimientos previos, experiencias y una serie de factores, entre ellos las metas de lo que espera al leer.

Ausubel es quien, en la década de los 60, desarrolla el marco conceptual del cognoscitismo para explicar los procesos de comprensión y retención, también precisa sus características y señala su organización de carácter jerárquico, en el cual el conocimiento conceptual ocupa un papel importante para el aprendizaje. Elabora procedimientos para modificar la estructura cognoscitiva y mejorar la comprensión y el recuerdo.

Esto quiere decir que “el lector relaciona la información que la lectura le presenta con la información que tiene almacenada en su memoria; en este proceso se relaciona la nueva información con la información previa construyendo así una nueva comprensión” (Ausubel, 1983: 48).

El significado que el lector construye no proviene sólo de la página escrita, sino también de sus experiencias. A medida que el lector obtiene información del texto puede relacionarla con la propia y, de esta manera, elaborar el significado.

Entonces, la comprensión lectora es el proceso de construir el significado a través de relacionar las ideas relevantes del texto con las ideas que ya se tienen, hablamos de la interacción del lector con el texto.

En el acto de leer se desarrollan estrategias para enfrentar el texto y, de ese modo, se crean las condiciones para comprenderlo. Todas estas estrategias se desarrollan y se van modificando durante la lectura.

¿Por qué el cuento?

El cuento tiene muchas ventajas y bondades que otros géneros literarios no poseen. Un ejemplo de esto es el tiempo, pues la vida actual es muy ajetreada y la gente está acostumbrada a la inmediatez; en contraste, el cuento ofrece una historia completa en un intervalo de tiempo breve. Se puede leer durante un viaje en autobús o a la hora de la merienda. Los personajes y las historias son más fáciles de digerir, ya que

no tienen una gran profundidad, no se requiere de mucho esfuerzo para relacionarse rápidamente con los protagonistas de la historia.

El lector en voz alta es aquella persona que relata historias a voz viva en público. Representa una forma tradicional de expresión oral que pertenece a la cultura popular de los pueblos; sin embargo, no sólo relatan historias, sino también se busca que los participantes se involucren en esta actividad. El relator transforma las historias en experiencias vivas, intensas, las cuales estimulan la imaginación y la fantasía de quien las asimilan mediante la cognición.

En mi club de lectura en voz alta utilicé el libro álbum como instrumento principal de trabajo. Este tipo de literatura fusiona el texto con la imagen para construir y contar una historia articulando el lenguaje verbal y visual, optimizando la lectura del libro. Por otra parte, me apoyé en las técnicas que aprendí de los distintos cuentacuentos que observé, de las que destaco las siguientes...

- canciones: utilizar la música como incentivo lúdico al relatar el cuento.
- onomatopeyas: la imitación o recreación de los sonidos de las cosas o la acción nombrada.
- representación: utiliza la mímica para personificar el movimiento y actos de los protagonistas de la historia, así como la modulación y cambio de la voz.
- muñecos: títeres, dedos, peluches y figuras que simbolizan a los personajes del cuento.
- participación: interacción con los oyentes mediante preguntas, interacción física, emocional y apoyo de voluntarios.
- rimas: repetición de sílabas a partir de la acentuación tónica al final de cada verso.

¿Cómo está organizado este documento recepcional? En el primer capítulo presento mi autobiografía lectora. Además de relatar mis primeros encuentros con los libros y la lectura, narro momentos significativos de mi vida, dándole importancia a mi vida

escolar y familiar, así como el inherente papel del dibujo en diferentes etapas de mi formación.

En el segundo capítulo, titulado *Espacios Generadores de Lectoescritura*, describo los espacios y las situaciones que de una u otra forma alientan a leer y escribir dentro del entorno social de la escuela donde trabajé; además, expongo algunos datos demográficos, sociales y educativos de la delegación a la que pertenece el preescolar en donde realicé la intervención.

En el tercer capítulo, *Un Ojo y una oreja para aprender. Mis visitas a los lectores en voz alta y cuentacuentos*, narro mi experiencia e impresiones en las librerías del FCE al que acudí para observar y aprender de los lectores en voz alta y los cuentacuentos.

En el cuarto capítulo, *Los Búhos y Mis Historias*, documentó la intervención que realicé en el preescolar privado *Gymboree* Coapa. Igualmente registro mis sentimientos durante las lecturas, las reacciones de los niños y las actividades que llevé a cabo con ellos para promover la lectura por placer. Además doy una breve explicación del porqué elegí los libros con los que trabajé.

En el capítulo final presento una reflexión en torno al trabajo y aprendizaje en el salón de clases con los niños que experimentaron la lectura dinámica del libro álbum y su lectura en voz alta, así como la sensación que tuve al haber convivido con ellos.

CAPÍTULO 1. AUTOBIOGRAFÍA LECTORA. EL DIBUJO DE LA ESCRITURA

Todos esos lugares tienen sus momentos
Con amantes y amigos que aún puedo recordar.
Algunos han muerto y otros viven,
En mi vida los he amado a todos.

John Lennon

En 1989, un hombre se enfrenta a una espera interminable en la sala del hospital 20 de Noviembre de la Ciudad de México. Tiene sentimientos encontrados: alegría y angustia. Se frota las manos, se levanta, se vuelve a sentar, lleva horas de ayuno, no importa, tiene que seguir la guardia... Pasan los minutos, se echa el pelo para atrás, fija su mirada en el pasillo donde está la razón de su espera.

A las 17:32 horas, el médico le dice al hombre que puede pasar. Entra ansioso al cuarto que con tanto ahínco veló, ya no es más un centinela, sino que se ha convertido en padre y su espera, su dulce espera ha terminado.

Así comenzó mi camino el 25 de noviembre del ya lejano año de 1989. No llegué solo, traía compañía, se trataba de mi hermano, mi cuate, Yoav. Él hizo de escudero; juntos pasamos duras semanas en la incubadora porque nacimos prematuros, a los siete meses, según cuentan mis padres, Arturo Herrera y Teresa Yépez, quienes son oriundos de Michoacán.

Padecieron la pobreza, son personas trabajadoras que —con su esfuerzo, el sudor de su frente y luego de incontables dificultades— mejoraron su situación e hicieron que mis primeros años de vida fueran el mejor recuerdo que cualquier niño poseyera. Si bien, no gozamos de riquezas materiales, tampoco sufrí ningún tipo de carencias; jamás supe lo que era la miseria. Mis padres no tienen estudios profesionales. Son, como se dice, gente de oficio. Mi papá es carpintero y barrendero y mi mamá, asistente educativa en las mañanas y estilista por las tardes.

Mis primeros intereses consistían en la lucha libre, baloncesto, dibujar y jugar con mi hermano Yoav, ya sea en el parque o en casa con nuestros juguetes o molestando a nuestra abuela paterna mientras lavaba los trastes.

Cuando tenía cinco años de edad, entré a preescolar. Recuerdo que hacía lo imposible para que no me dejaran en ese antro lleno de desconocidos y que estaba tan lejos de mi hogar. Todas las mañanas había un combate matutino entre mi mamá y yo, porque ni las canciones infantiles que me cantaba, mientras nos dirigíamos a la escuela en bicicleta, apaciguaban mi aversión por el preescolar. Todavía hoy tengo pesadillas con la cancioncita que dice "...vamos todos a la escuela, las clases van a empezar; son cinco para las ocho...".

De aquellos años, las remembranzas que me quedan son los castigos en repetidas ocasiones, que había un chapoteadero para los calurosos días de verano y el recuerdo de dos profesoras, Gloria y Ángeles.

En esta época, como muchos, empecé la misión de aprender a leer los textos, aunque no con mucha fortuna, ya que ese asunto me importaba poco, pues lo que de verdad me apasionaba era dibujar, lo hacía en los cuadernos de la escuela, en las servilletas, en los muebles, en las paredes, incluso, en mi cuerpo, en cualquier superficie que se dejara. Los viernes de colorear eran los días en los que no había bronca *mamá versus hijo*. Sabía que mis crayolas y mi libro de Batman me esperaban en el estante. Otro de los momentos que disfrutaba era cuando la maestra me pasaba al pizarrón para que realizara algún dibujo, de esta manera, se ilustraría mejor la clase.

En 1997, luego del preescolar, ingresé a la primaria, para ese entonces, aún no sabía leer, pero mis habilidades artísticas mejoraban. En ese año se dio el primer gran cambio en mi vida. El principio de esta etapa fue realmente complicado, porque luego de estar siempre con mi hermano, el "cuate", nos asignaron grupos distintos, esto me dolió y afectó mucho. Prueba de ello, es que revivimos aquella batalla familiar matutina, sólo que esta vez entre mi mamá, mi hermano y una prima, me hacían

entrar a empujones a la escuela, porque, como es natural, había crecido y ya no era tan sencilla la empresa de meterme a la escuela.

Ahora, es un recuerdo muy gracioso, pero en ese entonces fue muy duro. Sin embargo, debo decir que, a las pocas semanas, me mandaron al grupo de mi hermano, el primero "A", y dejé el horrible primero "B". Esto lo logré sin querer, porque, inmediatamente después de entrar a mi salón y dejar la mochila, iba al baño junto con mis peluches: un perro de felpa llamado *verdolaga* y *el pelón*, un muñeco de mameluco amarillo. Permanecía llorando, sollozando, "¡llévenme con mi hermanito!". Así, conseguí estar de nuevo en el mismo salón con mi hermano.

No sé qué tanto puedo decir de la primaria. Es difícil relatar tantos años y eventos en tan poco tiempo, pero haré lo mejor que pueda... Mi maestra de primero a segundo grado fue la maestra Isabel. Una mujer de cabello corto y negro, de complexión robusta; era joven y siempre estaba bebiendo agua, mascando chicle y, con una pequeña grabadora, amenizaba las clases con música de Janette y su éxito: *El muchacho de los ojos tristes*.

Según yo, mi relación con esta maestra fue cercana, pero no por ser buen alumno, más bien, por estar siempre metido en problemas, ¿de qué tipo?, bueno, solía pelear con otros alumnos y no prestaba atención a las clases porque casi no me interesaban los temas que se manejaban. Recuerdo las sesiones conmigo dibujando todo el tiempo, sin ver al profesor, porque mi sueño era ser dibujante, sólo me interesaba dibujar, nada más.

Entonces, lo anterior, me acarreó muchos problemas. No realizaba mis deberes dentro de la escuela y rara la vez prestaba atención. La maestra siempre me llamaba la atención y gran parte de su curso lo pasé castigado, con planas infinitas para llevar a casa. De vez en cuando, me daba pláticas particulares para que tomara el buen camino, pero esto sólo servía para incomodarnos mutuamente.

A mediados de primero de primaria aprendí a leer gracias a un libro que tenía el abecedario, sílabas y todas esas cosas útiles para aprender a leer. Además, tenía

ilustraciones, lo cual me ayudó mucho para poder apropiarme de los sonidos de las letras. No recuerdo el nombre del libro, ni lo conservo porque fue un préstamo de una de mis tías. Aunque sí recuerdo que las ilustraciones ocupaban más de la mitad de la hoja; era un libro más pequeño que una hoja carta.

Por las noches lo hojeaba una y otra vez. Contemplaba por largo tiempo las ilustraciones que representaban a cada letra. Por ejemplo, si se trataba de la letra *i*, ésta se representaba con el esquema de unos indios o con el dibujo de un imán. El libro incluía onomatopeyas y apartados dedicados a las sílabas. Las ilustraciones parecían óleos. Las técnicas con las que se elaboraron, si bien eran caricaturescas, también tenían un toque realista, pues se asemejaban a las de las monografías. Me parecían muy atractivas y divertidas.

Esos dibujos que me facilitaban a relacionar aquellos símbolos llamados letras con las imágenes, con las que ya estaba familiarizado, de este modo, les encontraba un sentido, un vínculo que me permitía apropiarme poco a poco del abecedario y sus misterios. Cada noche, antes de dormir, admiraba las imágenes que me permitían traducir el texto. Una cosa dio paso a la otra...

En el transcurso de estos años, tuve momentos entrañables a lado de mi padre. Recuerdo que pasábamos algunas tardes viendo la caricatura de Batman en televisión, mirando películas, escuchando a los Beatles y platicando de su pasión por su música. Papá tenía una pequeña maleta de piel sintética color marrón, decorada con unos emblemas de las bandas de *rock*. Guardaba la maleta en un estante en la parte inferior del librero que se encontraba en la sala de la casa.

La maleta formaba parte del paisaje cotidiano de mis juegos en la sala. Los dibujos que tenía sobre su superficie me provocaban curiosidad. En ocasiones, la valija tomaba forma de montaña o de fuerte para mis juegos. En algún momento se me ocurrió echar un vistazo a su contenido; hallé revistas sobre música y cartas, por largo tiempo, admiraba aquellas fotografías que me parecían tan extrañas por la forma de vestir y de actuar de los modelos de las revistas, pero mi mayor sorpresa

fue cuando encontré unos lápices y unas plumas que jamás había visto; eran para dibujar. Entre los montones de papeles había unos cuadernos con hojas a punto de desprenderse; en ellas, estaban trazados a lápiz unos rostros que reconocí de inmediato.

Me sentí motivado para platicarle a mi padre que me agradaba mucho dibujar. Desde esa ocasión, me enseñó lo que sabía de dibujo, de sus primeras lecciones. Precisamente intentó enseñarme a dibujar a Batman, mi personaje de caricatura favorito. Me platicaba que le hubiera gustado ser dibujante y que si a mí me gustaba dibujar de grande podría estudiar dibujo. Aquella revelación tuvo un gran impacto en mí, me identificaba con mi padre como nunca antes.

También tuvo su importancia que mi padre sea carpintero, ya que cuando tenía algún encargo dibujaba algunos bocetos de los muebles que le solicitaban. Algunas veces entraba a su taller a hurtadillas para mirar esos dibujos. El escritorio donde aún dibujo, él lo construyó; el aroma de la madera, el ruido del serrucho, el golpetear del martillo tienen un significado muy especial para mí. Esas tardes en su compañía definitivamente influyeron a la hora de elegir el camino del dibujante.

Mi profesora de tercero de primaria nos insultaba con dos de sus palabras predilectas: *energúmeno* y *chamaco bobo*. Era poseedora de una de las voces más estridentes que haya escuchado. Una de las tareas que encomendaba a sus alumnos varones era matar a palos a las ratas que rondaban el salón que provenían de la jardinera de enfrente.

Esta profesora le dio una sacudida a mi vida y no hablo metafóricamente, de verdad me puso una zarandeada por haber derramado agua en el salón y no encontrar una jerga con qué limpiar.

No mucho tiempo después la vida me volvería a estremecer con el nacimiento de mi hermano menor Arturo en 1998. Mis padres intentaron de todo para que yo mejorara en la escuela, hablaron conmigo, me metieron a cursos de regularización, usaron el

castigo, incluso, me sobornaban, pero nada surtía efecto. En alguna ocasión, cuando estaban a punto de recurrir a la brujería, mi madre me encontró leyendo repetidas veces un cómic de *Condorito*. Ella consideró que sería bueno comprarme historietas para que leyera y así elevar mi promedio escolar y llegase derecho al cuadro de honor o marchara con la escolta a la bandera.

La primera revista que me regaló fue una que llevaba por título *Condorito de Oro*. Pudo regalarme cualquier otro cómic, pero como lo que me vio leyendo fue uno de *Condorito*, pues dedujo que ése era el ideal. Tengo clara conciencia del acontecimiento porque ese mismo día acompañamos a mis abuelos maternos a la central de autobuses del norte, pues se iban de vacaciones a Michoacán.

Los meses pasaron y ocasionalmente tenía alguna revistilla tipo tebeo. El plan de mi madre no funcionó. Continuaba con las mismas calificaciones y el mismo desinterés por la escuela y dejando mis cuadernos igualitos que mis revistas: llenos de dibujos. Pintaba personajes de las caricaturas que veían, monstruos que inventaba y paisajes. Pensándolo mejor, el plan de mi madre dio frutos, tardíos, pero los dio.

En los dos últimos años de primaria, asistí a la clase de la profesora Claudia “loclaudia” (como mi madre la llamaba). Una rimbombante mujer con cabellos de fuego y una personalidad tan estrambótica como su apariencia. Además de darme clases, me alentaba a dibujar, incluso, me decía que podía hacer vida en esto. Fue en esos tiempos que tuve mis primeros acercamientos a libros que tenían más texto que imágenes. En el salón teníamos un estante lleno de libros de la serie Barco de Vapor y nos permitían llevarnos los libros a casa, nunca terminé de leer uno completo, pero sí que me di vuelo con las ilustraciones. Creo que lo más lejos que llegué fue a la mitad de uno llamado *La Cazadora de Indiana Jones*.

No es que yo odiara los libros, simplemente mi familia era más bien de televisión. Teníamos pocos libros en casa y muchos de ellos eran biblias y los restantes sólo ornamentaban los muebles; además, poco me interesaban, como *Papillon* de Henri Charriere. Sin embargo, los dibujos de aquellos libros eran un imán para mí; sus

colores, el detalle de las figuras, la manera tan distinta de trazar a la mía, las ilustraciones caóticas o muy pulcras, me daban la impresión de que unos olían a tinta o a pintura más que otros, lo cual me encantaba. Eran la inspiración en mi objetivo de ser dibujante. Crearon un pequeño lazo de unión entre los libros y yo.

En 2002, inicié la secundaria. Fue un periodo de transición, no sólo escolar, sino también en lo físico. Es una etapa difícil de asimilar porque es cuando te brotan barros en los barros y donde se pasa de niño a hombre lobo y, por si fuera poco, ya no estaba ni con mis amigos ni con un solo profesor, ahora, estaba con un montón de desconocidos y un puñado de maestros que aterraban con sus charlas sobre lo duro que era la vida de secundaria; los juegos se habían terminado, esto era otro nivel...

Las cosas fueron mejorando poco a poco, pese a las interminables montañas de tarea y los mil libros que tenía que leer de un día para otro con todo y ensayo, me hice de nuevos amigos y, como pude, saqué a flote los trabajos. También tuve la suerte de conocer maestros de todo tipo, como el maestro de Español en tercer año, José Luis, quien nos platicaba de sus libros y hacía énfasis en la importancia de la lectura. Muchas de sus clases se componían de largos intentos de debate sobre los libros que leíamos en su clase que, por supuesto, no leí por completo.

De pronto en un rincón de mi cuarto empezó a aparecer una pilita de libros, porque cada maestro, de menos, pedía uno. Libros, tales como *El Perfume*, *Lazarillo de Tormes*, *Carta al padre*, *Rebelión en la granja* y otros más, los dejaba amontonados sin leer. Los libros sin dibujos me resultaban difíciles y tediosos.

En una ocasión, una profesora me castigó por olvidar la bata en clase de química, me encontraba muy enfadado porque mis celadores no me dejaron llamar a mi casa para avisar, ni tampoco me dijeron que ya se habían encargado de ese detalle.

Salí casi dos horas más tarde de lo normal y para cuando llegué a casa, me encontré con una de las escenas más conmovedoras que haya visto: mi abuela estaba hecha un mar de lágrimas, inconsolable, pues pensó que me habían secuestrado o algo

peor. Mis papás intentaron calmarla, explicándole que me había quedado en la secundaria por más tiempo para terminar un trabajo, no le contaron la verdad porque eso le destrozaría la inmaculada concepción que tenía de su incorruptible nieto.

Mi abuela no hornea galletas, ni teje suéteres, tampoco me enseña lo que tiene su ropero, en cambio, me hacía unos monumentales licuados con cuantas frutas encontraba para que creciera sano y fuerte. Oraba día y noche para que aquello que me proponía sucediera, no dormía hasta que yo llegara de mis fiestas de adolescencia, incluso, en uno de esos “tormentones” que tanto aquejan a la ciudad, insistió en acompañarme con su enorme paraguas para llevar a mi novia a su casa; temía que me apuñalaran por regresar solo a casa.

Esa es mi abuela, la que me perseguía con la chancla para aleccionarme y me amenazaba con oraciones altisonantes, la que me escondía mis juguetes por dejarlos regados por toda la casa, pero que, sin duda, a su modo y con su carácter aparentemente duro, me ama como abuela de película.

En mi último año de secundaria, mis padres decidieron que asistiera a cursos donde a uno lo preparaban para el examen de ingreso a la educación media superior y, así, obtener un lugar en la institución que elegiste como primera opción. Su candidez me dejaba sin aliento, de alguna manera, concluyeron en que lo que necesitaba eran horas extras en la escuela, a sabiendas de que éramos como agua y aceite. De lunes a viernes de 7:00 a.m. a 1:50 p.m. iba a la secundaria, de 2:00 a 5:00 p.m. trabajaba como empacador en una tienda de abarrotes, la Bodega Aurrera, empleo el cual también ellos me consiguieron.

Los sábados y domingos trabajaba de 12:00 a 5:00 p.m., no obstante, por un tiempo, dejé de trabajar los sábados porque esos días acudía a mis cursos. Sin embargo, como bien predica el dicho, “el que mucho abarca poco aprieta”. Negocié con mis padres la renuncia de mi trabajo para concentrarme únicamente en mis estudios. Sí, claro, lo único que realmente buscaba era dejar una de esas actividades, no importaba cual.

Cabe señalar que el lugar donde asistí a mi curso propedéutico, era un sitio llamado Universidad Pedagógica Nacional, el cual odié como a ningún otro. Cuantiosas ocasiones en mi vida me he enfrentado a situaciones que me dejan aterrado de la maldad humana. Esta fue una de ellas. Eso de levantar a los hijos a las 6:00 a.m. para ir a la escuela en sábado no es de cristianos...

En julio de 2005, terminé mis estudios de secundaria. Recuerdo con júbilo el último viernes de clases, porque si algún hombre ha sido libre alguna vez, es en ese momento cuando, para bien o para mal, ha recibido su boleta de calificaciones y su madre se resigna que no hay remedio y se dice en su interior *ya mejorará el año que entra...*

Después de unas largas vacaciones de verano, ingresé al Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (CONALEP) que ni quería; además, se encontraba muy lejos de mi casa y, para acabarla de fregar, me asignaron el turno vespertino. En consecuencia de haber solicitado un montón de escuelas que no sabía dónde quedaban y de no haber tomado en serio el examen, asistí algunas semanas al CONALEP, pero no tardé en abandonarlo porque tenía otros planes.

Pasó al menos año y medio de ir de escuela en escuela porque no estaba contento en ninguna, ni en un Centros de Estudios Tecnológicos Industrial y de Servicios (CETis), ni CONALEP, ni en una privada. Decidí que era el momento de estudiar lo que me gustara; mi elección natural fue, por supuesto, el dibujo, pero en mi casa me decían que no podía estudiar sólo eso, porque me moriría de hambre, ya que eso era nada más un pasatiempo.

Llegué al acuerdo de estudiar también el bachillerato si quería asistir a una escuela de arte. Durante casi dos años alterné las clases del CONALEP con la escuela de dibujo, hasta que me la dejaron de pagar porque descubrieron que llevaba dos meses sin poner un pie en el CONALEP.

De ese modo, acabó mi paso por la escuela de dibujo, pero lo importante de esto es lo que obtuve después. En lugar de acudir al CONALEP, me iba a la Alameda del

Sur, en Coyoacán; de alguna manera, debía justificar las siete horas que se suponía que estaría en la escuela, así que para lograrlo, a veces asistía a las matinés de cine, comúnmente llevaba cómics y revistas para leer.

En un par de semanas me acabé todas las historietas que tenía y que compraba, no me duraban mucho por su corta extensión, así que pensé en una alternativa, algo de largo aliento que me distrajera de esas horas soporíferas, de ahí, comencé a llevar libros a mis fugas, tenía muchos de mis años en la secundaria; leí uno tras otro, poco a poco descubrí los placeres de la literatura.

Uno de los libros que me quedaron de la secundaria fue *El diablo de la botella*, de Stevenson. Llegó a mí en primero de secundaria, la verdad, es que no le presté mucha atención en aquel entonces, pero una noche, en la que no tenía nada que hacer, lo agarré y empecé a leer, de inmediato quedé prendado de él. Cuando lo terminé dije: ¡wow!, no imaginaba que hubiera libros así de emocionantes.

El diablo de la botella lo tiene todo: una historia de amor, un monstruo y un gran mensaje. Resulta que el protagonista de esta historia se hace de una botella que está poseída por el diablo, dicha botella tiene como característica conceder deseos pero siempre con consecuencias funestas. El precio para obtener aquello que más se anhela no siempre vale la pena pagarlo y es Stevenson quien nos deja asomarnos a la avaricia desmesurada del hombre, que muchas veces tiene en su propia mano la decisión de ser feliz sin necesidad de intervenciones externas.

El libro está ilustrado con imágenes en claroscuros, hechas con la técnica de achurado. Quedé tan emocionado que busqué más libros en casa, intentando repetir el gran rato que pasé.

Otro rasgo importante que me convirtió en lector fue que en el 2008 emocionalmente me sentía confundido, tenía pensamientos de que pronto moriría. Según un psiquiatra, tuve una etapa de depresión y uno de los elementos que me ayudaron a superar esa época fue la lectura y en especial un libro que mi papá me compró en un puesto de pulgas, se trataba del *Gallo está muerto*, de Ingrid Noll.

En *El Gallo está muerto* se cuenta la historia de Rosemarie Hirte, una cincuentona que va por la vida pensando que el destino ha sido injusto con ella. Un día se enamora de un profesor de francés que está casado con una mujer alcohólica. Rosemarie cree que aquel maestro es su última oportunidad para ser feliz, así que lo arriesgará todo y pasará lo que sea para lograr su amor. Es una aventura plagada de humor negro dentro de una atmosfera angustiosa, pero cotidiana, por tanto, plausible, lo cual deja sentir al lector una prosa ágil y desparpajada donde las peripecias están a la orden del día. Su narración me divertía y alegraba tanto que cuando iniciaba su lectura olvidaba aquellos sombríos pensamientos, ese libro fue un salvavidas en mi naufragio emocional.

Se presentaron años difíciles. Dejé la escuela y, con ella, mi sueño de ser dibujante. La situación en mi casa no era menos dramática. Empezaba a sentir un ambiente de decepción ante mis actos. Una de las peores cosas que un hijo puede vivir es no mirar a la cara a sus padres porque, de antemano, sabe que la relación entre ellos no va bien. Hubo muchos cambios y los lazos se rompían. De pronto, en mi casa ya no me sentía bienvenido, me veía a mí mismo como un arrimado; tenía tanta culpa por haber dejado de luchar, por no haber tenido una mejor comunicación con mis padres para hacerles entender que de verdad no deseaba estudiar el bachillerato, que solamente quería enfocarme en dibujar, pero no pude, no supe cómo. Dejé que todo siguiera su cauce sin intervenir.

Es común que, con el pasar de los años, las personas cambien, Yoav y yo no fuimos la excepción. Cada uno fue tomando su camino y de a poco, ya no pasábamos tanto tiempo juntos. Preferíamos la compañía de nuestros amigos. Nuestra relación, quizá sufrió una distancia física, pero no afectiva, siempre recordaré que hubo ocasiones en que la única persona que sentía que me entendía era él. Tenía la seguridad que en mis momentos más bajos podía acudir a él como cuando niños, ya no somos unos infantes, aunque todavía recibe mis visitas a su recámara cuando necesito consuelo.

Arturo, mi hermano menor, quizá relevó a Yoav en las andanzas que compartimos y en otras que nunca tuvimos, como el gusto por el deporte. Arturo y yo jugábamos baloncesto, veíamos partidos de fútbol o competíamos en los videojuegos. Actualmente ya no hacemos tan seguido esas actividades, ahora, convivimos mediante conversaciones jocosas, incluso, llegamos a estar en un equipo de soccer, donde él enaltecía el apellido familiar y yo me encargaba de deshonrarlo.

En 2007, pasé meses muy a gusto en mi casa, viviendo a expensas de mis padres, hasta que un día, de la manera más atenta, me pidieron que dejara tanta holgazanería, de lo contrario, podía irme mucho a un lugar que mi distinguida educación me impide escribir aquí. Arrastrado por un extraño impulso de aportar a la casa busqué empleo. Conseguí uno vendiendo ropa en un bazar en Coapa. Ahí, trabajé durante siete meses, pero con las largas jornadas y con la idea de que me siguieran gritando por todo, decidí darle otra oportunidad a la escuela. Sólo esperé el día de pago y, sin avisar al patrón, dejé mi prometedor futuro en el mundo de las ventas; me corté mi largo fleco y arrumbé mis ajustados *jeans* negros.

Mi siguiente paso fue inscribirme en la preparatoria abierta, con la esperanza de que en seis meses, no más, la concluiría, pero no contaba con mi ingenuidad y, luego de presentar cuatro exámenes y de haberlos reprobado, por supuesto, me fue difícil mantener el ánimo para continuar con ese plan, por ende, lo abandoné.

El trigésimo quinto intento es el bueno. Acabaré la prepa, me lo juro y, contra todo pronóstico, mis padres volverán a confiar en mí. Mis padres se esforzaron para pagarme una escuela privada. Durante mi estancia en aquel sitio conseguí de todo, grandes amigos, buenas experiencias y muchos aprendizajes, pero no un certificado, así que luego de 18 meses de hacer de todo, menos estudiar, dejé por la paz ese asunto de acabar la prepa.

Ya fuera de la escuela, mi vida era muy activa. Salía de paseos con amigos y, en una de esas ocasiones, me presentaron a una chica llamada Yeny que tenía los mismos

gustos góticos, además de los ojos más grandes que he visto en la vida. A veces nos veíamos y platicábamos, nunca sospeché que pretendía algo más que mi amistad; pero, como suelo ser distraído, no me percaté de sus intenciones. De pronto, dejamos de frecuentarnos, hasta que una tarde recibí una llamada que nos reencontraría.

Era un 21 de abril de 2010 ¡Querido diario, los milagros existen! A esas alturas ya no creía en nada ni nadie, me había convertido en alguien apático; sin embargo, todo cambió cuando Yeny aceptó compartir el mismo camino conmigo, no sé cómo hice para enamorar a la mejor mujer de este mundo, pero lo hice, y cada día agradezco a Dios por su amor, pues lidiar con un sujeto perdido todos los días no es cosa sencilla, se necesita ser una clase muy especial de persona.

El fin del mundo había llegado o al menos eso era lo que se decía del 2012; pero, como sabemos, el mundo no acabó (aún) y yo me encontraba sin saber qué hacer, me sentía estancado, quería avanzar, pero no sabía hacia dónde ni cómo. Habían pasado dos años de haber iniciado una relación con Yeny, quien se enfocaba en la escuela y yo apoyaba a mi papá con su trabajo. Empezaba a cuestionarme si de esa manera podía hacer realidad la vida que soñaba.

A las pocas semanas, encontré un trabajo como cocinero en la Universidad ICEL (*International College for Experienced Learning*), campus Tlalpan. No sé cómo no envenené a alguien porque lo único que sabía de cocina era freír huevos. Necesitaba el trabajo, así que guardé el secreto de mi nulo saber culinario, no obstante, como echando a perder se aprende, eché a perder medio refrigerador de la cocina, todo en aras de no matar a nadie con mis platillos.

Un par de meses transcurrieron y la plantilla de la escuela, aparentemente, continuaba intacta, ninguna baja que lamentar, así que me relajé y me centré en hacer migas con mis compañeros y disfrutar del dinero que ganaba.

El día que tanto temí durante meses llegó. “Me aceptaron en la universidad” —dijo Yeny. Recuerdo que puse cara como si me lo hubiera dicho en eslovaco, no sabía para dónde mirar, qué decir, me sudaba todo y cuando digo todo es todo.

¿En cuál te quedaste, amor? —pregunté.

En la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) —contestó.

¡Pinche UPN!, otra vez tú —pensé.

El reciente éxito de mi novia motivó el replanteamiento de cuál sería mi futuro; de ahí que en diciembre de 2012 luego de mucho analizarlo, abandoné mi trabajo para tranquilidad de mis comensales. Esto no fue sencillo, pues hice buenas amistades y me había encariñado con ese trabajo porque me sacó de mi zona de confort. Aprendí a cocinar y para mí significaba un paso más hacia mis objetivos, me había demostrado algo a mí mismo.

Con los últimos sucesos, me vi obligado a enfrentarme otra vez con mi némesis. Aquel que, en el pasado, tantas veces me desafió, pero nunca pude vencer, el bachillerato. En escasos días armé un proyecto que consistió en sobrevivir con los ahorros de mi trabajo en la cafetería y apelar una vez más a la descomunal bondad de mis padres para que pudiera prepararme para el examen de ingreso a la educación media superior.

Una vecina, enterada de mis planes, me recomendó asistir a un plantel en periférico sur que preparaba para los exámenes del Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (CENEVAL). Como nunca, entregué el cuerpo y alma en mi preparación para el examen, inclusive, iba a la mezquita cada tercer día a dejar ofrenda para poder acreditar mi examen.

Comencé a vivir mediante el mantra de... “desayuna examen, come examen, cena examen”. Al cabo de casi tres meses de puro y duro estudio, llegó el día de la verdad. Ahí estaba haciendo fila para conocer mi futuro, me iría derecho al cielo o al

abismo, todo dependía de mí, cualquier paso en falso y todo podía irse, como muy vulgarmente se dice, a las heces fecales.

Los resultados del examen estuvieron listos, si no mal recuerdo, en tres meses. En una madrugada de noviembre prendí la computadora, abrí la página que contenía mi éxito o mi fracaso. El corazón casi me revienta el pecho, me había preparado para ambos resultados. De un lado de mi habitación estaba lista la grabadora con una canción esperanzadora junto con una especie de danza escocesa que había ensayado para festejar y, en el otro extremo, atado a la lámpara de techo un lazo que se ajustaba perfecto a mi pescuezo. Por suerte, el lazo no fue necesario.

Conseguí lo imposible: exorcicé al más grande de mis demonios. Los ojos se me rasaron de lágrimas, ni los recordatorios a mi madrecita de los vecinos por el escándalo que producían mis torpes pasos de baile contuvieron el éxtasis y júbilo de mi victoria, ya no era más un fósil de preparatoria, ¡no, señor! ahora era un hombre, uno de éxito.

La ironía de la vida es tremenda, por decirlo amablemente, porque luego de haber pasado incontables días, a mis 15 años, deseando salir de los cursos en la UPN para mi prueba de admisión a la preparatoria, ahora me encontraba batallando para entrar a estudiar en ella. Pensé que era una oportunidad para continuar con el dibujo por medio de la docencia; presenté el examen de admisión a la UPN.

Por otro lado, el ámbito familiar se había tornado ameno. Volví a sentir la alegría de cuando niño, todo gracias a que había retomado los estudios con gran éxito. Una vez más compartí momentos entrañables con mi padre, llenos de charlas sobre el futuro, anécdotas de su juventud y debates sobre su amado grupo *The Beatles*. La sensación de poder mirar a los ojos a mis padres sin ese horrible sentimiento de deuda es liberadora.

Con mi madre, la relación era distinta, no mala, sólo no concordamos en varios aspectos. Creo que los ratos que estamos juntos lo pasamos bien. Con ella la charla

está más dirigida al chisme o conversaciones de sobremesa sin mayor importancia, más que la de compartir tiempo con tu seres amados.

Todas las tardes noches iba por Yeny a la UPN. Siempre me sentaba en la parada de autobús que adorna la entrada de la escuela para esperarla. Veía la larga escalinata, soñando con pertenecer a esa universidad. Tenía la promesa de no volver a entrar hasta que acreditara el examen. Aquella superstición me brindaba la seguridad de que me aceptarían.

El día de la prueba llegó. No había desayunado porque estaba muy nervioso y no quería un desaguizado con mis necesidades físicas. Estaba muy enfocado, ni el delicioso aroma del champurrado ni el de las tortas de tamal de la esquina, me turbaban. ¡Decidido! Acreditaría ese examen, nada evitaría que cumpliera mi objetivo, ni la desvelada, ni el hambre de náufrago que me cargaba esa mañana.

Para mi satisfacción, aprobé el examen. Estaba muy contento, ya me visualizaba todo un “licenciadote”. Mis padres, sobre todo mi papá, estaban muy orgullosos. Su desmesurada fe por fin rindió frutos.

El primer día de clase, iba ataviado con un pantalón negro y mi playera de los *Chicago Bulls*. Ahí me hallaba, con 23 años de edad, otra vez en uno de esos salones con una bola de desconocidos.

Mi primer semestre en la Pedagógica (como comúnmente se le llama) no fue tan satisfactorio como lo había imaginado. La verdad, me asignaron a un equipo de maestros que desmotivarían al más optimista de los optimistas, pero en segundo semestre todo cambió, esta vez podía tener a los profesores de mi elección.

El 22 de enero de 2014, asistí a mi primera clase, Teoría Pedagógica: Génesis y Desarrollo. Para no variar llegué tarde, toqué la puerta, quien me atendió es uno de los dos maestros más maravillosos que he tenido. Cabe decir que ya conocía al profesor, pues mi novia me había platicado de él y también lo había visto en los

pasillos de la universidad, pero no por eso me dejó de impactar su presencia y su similitud física con Santa Claus y con Paulo Freire.

Pásale, manito —dijo.

Luego me dio un papelito que tenía escrito: Jorge Ibarguengoitia. Me pidió que lo leyera. El apellido me pareció extranjero.

Inteligente —respondí en tono de pregunta.

¿En español o inglés? —dijo.

[¡Ja!, como si yo supiera inglés]

En *spanish*, en *spanish* —contestó.

[Inmediatamente regresó al ataque]

¿Qué es, escritor, filósofo o artista? —preguntó.

No supe qué contestar; sin embargo, así, sin saber, ya había conocido a dos grandes personajes, Jorge y a mi queridísimo Julio Quiroz.

El otro gran maestro que menciono, lo conocí igualmente a través de Yeny, sólo que él me dio clase en tercer semestre. Se trata de Leonardo Saavedra que, al igual que al profesor Julio, me llamó mucho la atención su forma de dar clase.

Contaba la historia como si él hubiera estado en todos esos momentos, los relata paso a paso, cada mínimo detalle, se emociona tanto que uno revive esos acontecimientos como si fueran memorias propias; me sorprendió bastante que no repetían un patrón que he encontrado a lo largo de la carrera, que consiste en que los profesores privilegian a los alumnos que hablan hasta por los codos, se les aplaude por repetir casi al unísono lo que los maestros acaban de decir o por realizar comentarios tan profundos que van desde: “ir más allá”, “se dice con base..., no en base...”, o “¿el azul es un color, verdad?”. También hay secretos tan arcanos que descubren y deciden compartir con los demás compañeros, como “el excremento huele mal” o “el agua moja”. He soportado esta clase de glosas durante estos años.

En otra ocasión, un profesor nos mostró una foto donde figuraba un enorme ojo en el desierto viendo fijamente a un hombre desnudo en cuclillas y preguntó qué pensábamos, qué significaba dicha portada.

¿Qué piensas tú? —me preguntó un compañero que siempre tenía el tino de adular a los profesores.

Respondí que me parecía que, ante tanta vigilancia de todo tipo, no había privacidad, pues nos dejaban desnudos, sin oportunidad a la intimidad a los secretos, ipso facto, levantó la mano y muy orgulloso de sí mismo, le contestó al profesor lo que le había dicho.

Otro ejemplo de esto sucedió en la clase de Crisis y Educación en México, del maestro Saavedra. Recuerdo que hablábamos sobre el despilfarro y la mala inversión del gobierno mexicano cuando una compañera se aventó la puntada de decir (con un dudoso acento inglés) que eso era por la crisis de *Wall Street*. El profesor, muy malhumorado, le contestó que no inventara respuestas y que eso nada tenía nada que ver con el tema. Desde aquella ocasión mi compañera no volvió a participar en su clase. Con lo anterior, aprendí que con algunos maestros el punto es hablar por hablar, no importa la coherencia, o si se redunda, o si es una obviedad, o si aprendes, lo vital es hacerse notar.

Gracias a estos dos profesores dejé de pensar que la escuela impartía la licenciatura de merolico y que mis compañeros eran loros parlanchines. Está de más aclarar que ese tipo de alumnos sólo destacaba por su don de parlotear. El hecho es que también aprecié a estos maestros por su calidad humana, por la magia de sus clases junto a la pasión y amor con la que enseñan; además, me dieron la oportunidad de mostrar mis cualidades, que no es la de hablar y que, como dije, es la que al parecer importa en la Universidad Pedagógica.

El vínculo con los libros se estrechaba. Entre la responsabilidad de leer los textos que dejaban en la licenciatura, estar en un ambiente donde se habla de escritores y sus obras, ayudaba a que creciera mi avidez por los libros y sus historias; quería leer no sólo textos académicos, sino literatura, algo que me llevara a caminos no transitados, que me ofreciera refugio.

Gracias a una beca, en todas las vacaciones, iba a la librería *El Ático* con mi novia. Ahí comprábamos varios libritos de la editorial Tomo, su bajo precio de los libros, me permitió conocer a muchos autores, así, mientras más leía más quería. Más tarde, con un poco más de recursos económicos y con descuento que da el FCE a los estudiantes, adquiría materiales de otras editoriales y de mejor calidad y también los de otro tipo, como libros álbum y novelas gráficas.

Uno de los primeros libros que compré en el FCE fue *De cómo nació la historia del bosque*, un libro álbum que conocí en segundo semestre cuando un tal profesor Rigoberto Gonzalez leyó aquel libro en clase. Al terminar la lectura subastó el libro. Pensé que eso eran corruptelas por parte del maestro; sin embargo, me asombró cuando la puja terminó. La ganadora fue una compañera que ofreció casi 300 pesos por la obra. El profesor le entregó el libro y, antes de que sacara la plata, el maestro le dijo que se lo regalaba. Comentó que nunca se pierde cuando se apuesta por la lectura y que invirtamos en la lectura. Quedé atónito por la lección y con el coraje de no ofertar ni un céntimo en la almoneda.

Rigoberto me enseñó mucho de lectura y escritura. En una de sus primeras clases, sin más, nos puso a escribir como si tuviéramos “diarrea”, lo que fuera, lo que se nos ocurriera en 10 minutos. En ocasiones teníamos clases sentados en el jardín de la universidad, leyendo y discutiendo novelas. Siempre nos invitaba a leer sobre lo que nos estremeciera, que no fuese inocuo. Mientras escribo estas líneas, él se encuentra en un proceso de recuperación luego de haber caído enfermo; tengo la ilusión de que pronto volverá; sin embargo, sus frases hacen eco... “los libros te eligen a ti, apostarle a la lectura, quítenle lo sagrado a los libros, es horrible preguntar ¿por qué?, en la literatura”.

El profesor Julio nos dejó el 22 de abril de 2014 para comenzar su eternidad, aún no logro parar de llorar, no hay palabras ni el suficiente papel para agradecerle. Sería inútil contar lo que significa en mi vida, hubo acontecimientos de los que no me enorgullezco, aspectos que él me ayudó a extinguir; su ausencia me parte el alma, pero no quería dejar de escribir sobre él. Me prohíbo olvidarlo, así que lo immortalizo en este párrafo que para nada hace justicia a su vida. Deseo que se sepa de una vez y para siempre que existió un maestro que transformaba vidas.

En 2016, casi no lo creo, fue el último año de universidad. Surgieron grandes cambios. Ahora agradezco todo lo vivido. El viaje ha sido maravilloso, me alegra la fortuna de tener siempre cerca a quienes amo, el privilegio de amistades invaluable. Aunque estuve al borde del desastre, el impalpable entramado de la vida misma me recuerda que no estoy solo y que no existe razón para vivir de una manera que no deseo. Aprendí que todo cambio empieza dentro de mí. La Pedagógica significa el nido de mis nuevos sueños y la metamorfosis al hombre que siempre he anhelado ser, no obstante, aún me queda una decisión importante: elegir campo temático de especialización para el trabajo de tesis.

Un día, durante del cuarto semestre, llegaba a la UPN y, antes de entrar, me acerqué al mostrador del FCE que está enfrente de la universidad. De pronto, el profesor Rigoberto salió de la ahí con una bolsa llena de libros. Luego de saludarme, me invitó a conocer su campo de especialización, el cual impartía a los alumnos del último año de la licenciatura.

El nombre del campo es *La Lectura y la Escritura en Educación Básica*. Aún faltaba tiempo para tomar esa decisión, pero la breve charla me recordó mi proceso para aprender a leer y como el dibujo y el libro álbum sirvieron de catapulta para comprender el alfabeto. Así, me aventuré en los mares de la literatura; decidí entrar al campo del profesor Rigoberto.

No sé cuánto valgan estas palabras, pero escribirlas me ayudó a alcanzar lugares tan inaccesibles como la memoria. Son el tiempo que he pasado con las personas que amo, son el camino que decidí seguir y la huella de mi vida en el mundo que sigo dibujando.

CAPÍTULO 2. ESPACIOS GENERADORES DE LECTOESCRITURA. EL ENTORNO DEL KINDER *GYMBOREE*

Coyoacán es una de las 16 delegaciones de la ciudad de México. Su territorio comprende 54.4 Km² que corresponden al 3.6% de la región de la capital del país y está ubicado al sureste de la cuenca de México. En 2015, el censo del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), informa que la delegación Coyoacán cuenta con 635 escuelas de educación básica y media superior. Coyoacán es una zona urbanizada; sin embargo, existen dentro de él importantes áreas verdes. En Coyoacán habitan 628 630 personas, esto equivale al 7.2% de la población total de la ciudad de México, según indica el cuaderno estadístico delegacional del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) de 2011.

Hasta el 2011, en la delegación Coyoacán habían 474 609 personas alfabetizadas y 10 577 que no. El censo de 2015 registró 542 423 alfabetas y 13 853 analfabetas, esto equivale al 5.4% de personas analfabetas en la Ciudad de México. Al siguiente año INEGI declaró, en su página de internet, que en la capital del país 2 de cada 100 habitantes mayores de 15 años de edad no saben leer ni escribir.

En Coyoacán hay 154 637 alumnos inscritos en las 624 escuelas particulares, federales y autónomas. En 2015, su distribución —en los distintos niveles escolares, hasta el nivel medio superior— era el siguiente 23 835 alumnos en preescolar, 61 221 en primaria, 31 271 en secundaria, 2 916 en profesional técnico y 35 394 en bachillerato.

Enclavado en el corazón de Coapa, al sureste de la ciudad, se encuentra el preescolar *Gymboree*, el cual está rodeado de bancos, plazas, restaurantes, bazares y otros colegios particulares. No es difícil notar que es una zona ajetreada. Los letreros saturan la vista de inmediato: “Lumen”, “Globocoapa”, “BBVA”, “se renta...”, “Dormimundo”.

La calle que da al kínder está dividida por un pequeño camellón con árboles. En cada una de las aceras existen diversos establecimientos, tales como un autolavado, un gimnasio y un hospital veterinario. Entre ellos, destacan los negocios de barrio, como una tortillería, una peletería y una tiendita de la esquina que están al borde de la extinción. Asimismo, hay algunas casas que evidentemente pertenecen a gente de la clase media.

Elegí el kínder *Gymboree*, porque no tuve otra opción. El plan real era trabajar con niños de primer o segundo año de primaria, en la escuela donde asistí de niño, pero la burocracia me complicó el acceso a mi escuela primaria, así que para no lidiar con aquellos menesteres, decidí pedir ayuda a mi madre, que trabaja en ese prescolar, para realizar este trabajo.

Mi madre intercedió por mí ante la directora del plantel *Gymboree*, campus Coapa para que me permitiera realizar mi proyecto de leerles a los niños. Acordamos que asistiría una vez a la semana. El único requisito que la directora me solicitó fue que le entregara mi plan de trabajo y el horario en el que lo llevaría a cabo, de esta manera, me abrieron las puertas del prescolar sin mayor problema. Era un excelente reto trabajar con niños pequeños.

Antes de cualquier cosa, me echo a andar dispuesto a observar y reconocer aquello que propicie la escritura y la lectura. Sobre la avenida Canal de Miramontes el sol pega fuerte. A unos pocos pasos de ahí, me encuentro dos puestos de periódicos. Hay personas leyendo diarios deportivos, mientras esperan al transporte público; otros intentan leer los letreros de los camiones para no errar en su destino.

En la esquina de la calle Brujas se encuentra un banco del que entran y salen varias personas, algunos traen papeles dentro de unos *folders*. Frente a él está una gran papelería, *Lumen*. Un poco más adentro de la calle hay una pequeña lavandería, en su interior, tiene unas sillas para que las personas se sienten mientras terminan de lavar su ropa. Ahí dos mujeres que miran absortas sus teléfonos celulares; hasta ese

punto de mi recorrido, pienso que un gran aliciente para su espera sería disfrutar de una buena lectura.

Estoy parado frente la reja del kínder. Para mi primer acercamiento dentro de la escuela pienso presentarme con la directora y con las maestras. Antes de permitirme el acceso, el guardia de la escuela me informa que debo firmar el libro de visitas. Tomo el libro para firmarlo y leo las entradas que están arriba de la mía. Advierto que algunas de las visitas sólo vienen a dejar agua y otras más visitan a las profesoras para discutir un tema.



Al entrar a la recepción, que está en el primer piso, noto un enorme escritorio. Hay al menos dos oficinas y un cuarto de fotocopiado. Cuando me permiten recorrer el kínder me sorprendo de que tenga cuatro pisos. Las únicas escuelas como esas que había conocido hasta entonces eran las de gobierno que son de un solo piso. Voy subiendo las escaleras y veo que cada nivel tiene sus propios letreros que dan indicaciones en caso de siniestro; me encantan estos letreros porque no usan letras, el dibujo lo dice todo.

El edificio es blanco casi en su totalidad. Posee vivos en azul, naranja y amarillo. Es un lugar bastante iluminado; tiene forma de ele y, en un rincón, se encuentran unas resbaladillas, unos columpios y muchos otros juegos. El piso de esa área está acondicionado con una alfombra que simula pasto. Cada una de las aulas del cuarto pisos tienen unos ventanales con una vista impresionante hacia las montañas,

además de que están equipados con estantes llenos de colores, hojas blancas y demás utensilios para la labor escolar, aunado a esto, en algunos salones hay unas alacenas donde guardan los almuerzos.



La colonia se expresa con letreros un poco más elaborados de los que se encontraría en un barrio donde el comercio no es predominante. Utilizan, además, dibujos que acompañan los nombres de los negocios. Sonríe al ver tantas ilustraciones, al ver cómo el dibujo potencia al texto volviéndolo atractivo. En mi camino de vuelta a casa veo unos postes de luz repletos de propaganda política y varios con cartulinas de *se busca...*

Villa Coapa es una entidad polarizada. Cohabita gente de clase media con la de ingresos económicos muy bajos. Basta con explorar un poco para percatarse de que hay unidades habitacionales cerradas con jardines bien cuidados y en contraste, también se encuentran las colonias con calles grafiteadas, con camellones que usan para drogarse y con canchas en franca decadencia. Es un lugar donde, de igual manera, encuentras negocios transnacionales que tianguis.

A unas cuadras del preescolar, se encuentra la biblioteca delegacional general *Vicente Guerrero*. En mis años de primaria recuerdo haber realizado unas tareas en este recinto. Ahora se ha convertido una especie de cine/biblioteca. La gente acude más a las funciones de cine que a leer libros, quizá sea por el trato de celadores que dan los bibliotecarios, lo sé por experiencia propia.

En tiempos recientes, la delegación Coyoacán ha hecho esfuerzos por mejorar la calidad de vida de sus habitantes, con mejor alumbrado y con el rescate de las áreas verdes junto con la construcción y remodelación de los centros culturales y deportivos, aún queda mucho trabajo por hacer; sin embargo, con estos cambios se acorta la brecha entre la calidad de vida entre uno y otro barrio.

Me queda claro que no son suficientes los espacios que pueden detonar la lectura y la escritura. Frente a esta escasez, la escuela sigue siendo un lugar esencial para que estas actividades se desarrollen, si bien no es el único, indiscutiblemente es parte total en el proceso de fomento a la lectura y escritura.

Por lo anterior, busco llevar a la escuela el método de la lectura en voz alta con libros álbum que permita generar un entorno desescolarizado dentro de la escuela, para que elimine ese carácter estricto que solemos otorgarle a los libros en dichos recintos, para que sea un ambiente más amigable y ameno donde los niños encuentren un puente que los lleve a ser lectores y escritores.

2.1 Un ojo y una oreja para aprender. Mis visitas a los lectores en voz alta y cuentacuentos

Manuel, un compañero de clase de la UPN, me sugirió asistir a una plática informativa sobre lectura en voz alta para niños en la librería del FCE, sucursal Miguel Ángel de Quevedo, porque le comenté que me interesaba trabajar la lectura con los niños. Así que esa misma noche me mandó mensaje para confirmarme fecha y hora del evento, no necesité pensarlo mucho. Decidí acudir. En el traslado sólo pensaba en llegar temprano, me había levantado una hora más tarde de lo previsto. Llegué apenas unos minutos pasados la hora de arranque.

Entré a la librería y dejé mi mochila en los armarios. Giré la cabeza y miré un montón de sillas en una esquina del recinto, supuse que era el espacio donde se llevaría a cabo la plática. Tomé asiento. Estaban otras tres personas, todas mujeres. Pronto me sentí como un forastero. Era el único hombre ahí. Sólo se me ocurrió sacar mi

libreta de apuntes y hacer unos dibujos rápidos en lo que la oradora iniciaba su discurso.

La encargada de la plática se presentó como “Conchita” y explicó su modo de trabajo, repartió unas hojas, que eran una especie de contrato, para poder acudir a las futuras sesiones de lectura en voz alta; también mostró una canasta llena de libros y otra de muñecos que servían como apoyo a sus lecturas. Habló del vínculo que se puede lograr con los niños si los padres les leen desde sus primeros años de vida. Mientras hablaba, apuntaba lo más que podía, con una letra espantosa por la premura de que nada se me escapara.

Al término de la ponencia, me acerqué a Conchita para exponerle la idea que tenía de realizar mi tesis sobre la promoción de la lectura por medio de cuentacuentos y lectura en voz alta que, pese a que ella no era cuentacuentos, me serviría asistir a sus sesiones para aprender. Pareció no entender bien lo que pretendía; aunque, al final, me dijo que asistiera cuando quisiera y así lo hice.

Mi primera sesión fue en el Club de lectura para bebés de entre seis meses y dos años y medio de edad. Eran 12 mamás con sus respectivos hijos. Me impresionó que, de inmediato, las mamás y los hijos se despojaron de sus zapatos, se sentaron en círculo en unos tapetes. Cuando mamás e hijos estuvieron listos, la profesora Conchita hizo su aparición cargada con una enorme cesta de mimbre repleta de libros y al unísono cantaron y aplaudieron: “¡qué vengan los libros, qué vengan los libros!”.

Conchita dio tiempo a que los niños miraran, exploraran y enseñaran los libros a sus madres. Luego, cada mamá e hijo debían presentarse. En el caso de los niños que apenas hablaban, las mamás los apoyaban siendo su voz. Esto resultaba muy divertido para mí. Parecían ventrílocuos con sus pequeños títeres.

Algunos niños pronto dejaban el libro y corrían entre los demás asistentes. Cuando las mamás los llamaban, Conchita siempre les decía que los dejaran, que les permitieran sentir la libertad en ese espacio reservado al triángulo mamá-libro-hijo.

Las palabras de la maestra me dejaron un hueco en el estómago. Nunca había presenciado que en alguna actividad, el encargado dejara libres a los participantes. Siempre se lucha por captar la atención de los niños, aunque este no fue el caso. En este lugar tiene que ser decisión propia, un gusto que va apareciendo conforme se crea una relación con los libros.

Otra de las actividades era la siesta. Se designaban 20 minutos para que los niños durmieran. Deduje que lo hacían para que no sintieran el momento farragoso y que además siempre estuvieran alertas y llenos de energía.

El evento principal por fin iniciaría. Conchita tomó un libro de su canasta y lo presentó: tener un patito es útil; era un libro amarillo con forma de acordeón. Era la historia de un niño que se baña con su pato de hule. También sacó un pato y una esponja. Conforme leía, hacía ademanes de que se tallaba y enjuagaba; además, le hablaba al pato. En ocasiones hacía pausas y miraba al público para hacerles preguntas o comentarios. Mamás y niños participaban por igual, a veces no se entendían qué decían por la vehemencia con las que las hacían.

La hora de despedirse llegó y la profesora dio las gracias por la asistencia, a los niños les dijo que se despidieran de los libros, pero que pronto volverían a reunirse. Cuando los espectadores se marcharon, Conchita y su colaborador limpiaron y desinfectaron todos los libros; me acerqué a preguntarle a la asistente que si había algún niño enfermo, me contestó que no, que eso era rutinario; además, me contó que cuando algún cuento se rompe hacen la labor de resanarlo, al igual que con los muñecos de apoyo. No sólo contaban historias, sino también hacían de costureras, pintoras y curadoras, ¡vaya trabajito! —pensé.

Otra de mis visitas fue el Centro Cultural Helena Garro donde presencié el acto de un cuentacuentos pirata, con parche, loro y espada, llamado Raúl Pérez Buendía. Raúl nos sumergió, literalmente, en cuentos de altamar. Con ello, recordé *La isla del tesoro*. Fue todo un espectáculo. Adoré la sonrisa de los niños al mirar aquel disfraz y cómo Raúl fingía la voz para hacerla parecer a la de un hombre rudo, aunque la

mímica era su mejor herramienta, era espectacular. El poder de teatralizar la lectura envolvió a los niños como nunca antes había visto.

Haber asistido a unas cuantas sesiones de lectura a los bebés de la maestra Conchita, fue un mundo totalmente distinto. Mirar a los niños de un año y medio de edad mientras la maestra leía, fue un tanto extraño porque la gran mayoría de los bebés estaban más atentos viendo las caras de sus madres o llevándose a la boca los libros y, en lugar de quitarle los libros, permitían que los exploraran. El libro es un juguete que pueden manipular a su gusto desde sus primeros días, hacerse a la idea de que no son objetos indeseables o aburridos.

Así, recordé cuando mis profesores me regañaban por subrayar un libro o por arrugar sus hojas y al discurso de que los libros deben estar casi immaculados, lo que muchas veces me hizo dejar los libros en los anaqueles para no mancharlos.

En esas sesiones atestigüé una de las etapas más lindas del proceso de leer, no sólo el texto, sino el mundo; una niña de las más grandes veía uno de los libros con imágenes, pero lo tenía de cabeza. En ocasiones, lo giraba hacia algún lado. Parecía que intentaba encontrarle sentido, luego de unos instantes, se quedó absorta. De repente volteó el libro de manera que el dibujo del oso ya no estaba de cabeza, sino colocado correctamente. La niña golpeó con alegría la imagen con la palma abierta. Igual que la pequeña, me entusiasmé por presenciar el nacimiento de un lector. Mirar cómo la niña descifró el sentido que debía llevar el libro para ver al oso correctamente, me encantó.

En dos oportunidades me presenté en el club lector para niños de 5 a 12 años de edad que, originalmente, estaba programado para la librería Daniel Cosío Villegas del FCE. Aunque, según me explicó Conchita, por el minúsculo espacio de la librería se había vuelto difícil llevarlo a cabo en ese lugar, por ello, optó por impartirlo en la Octavio Paz.

En la función uno, advertí que, de los seis asistentes, cuatro de ellos formaron parte del club de lectura para bebés. Se notaba por su forma de relacionarse con los libros, pues los trataban como amigos, con familiaridad que no había mirado en gente de su edad. Conocían muchos autores y lo sé porque antes de iniciar la jornada buscaban ciertos libros. Entre ellos comentaban y recomendaban distintos materiales. Admito que me sentí apenado porque a su edad lo único que discutía con mis amigos era la caricatura que se transmitía por televisión la noche anterior.

Los libros que leían, en esta versión del club, eran historias más elaboradas y extensas. La lectura era más ágil y fluida y sin interrupciones de ningún tipo. En aquella ocasión, Conchita nos leyó *Travesuritis aguda*, escrito e ilustrado por Rafael Barajas, alias “El fisgón”. Las carcajadas no se hicieron esperar luego de oír que un extraño virus infectaba a los niños bien portados, orillándolos a cometer las diabluras más pícaras.

En la segunda y última lectura a la que asistí, me sentía más familiarizado y tranquilo, porque podía sentarme más cerca, tanto de los oyentes como de la lectora, sin necesidad de cuidarme para no parecer secuestrador o pedófilo como lo hacía en las sesiones con los bebés donde las mamás me arrojaban constantemente miradas que denotaban desconfianza hacia mi persona.

En este grupo, los integrantes hacían lazos con otros niños lectores y no sólo con sus madres. Era como una pequeña sociedad lectora. El cuento que se leyó fue *Los casibandidos que casi roban el sol*. Es la historia de tres bandidos vestidos de negro y poco hábiles que se pasaban el tiempo intentando robar algún objeto, pero siempre con resultados desastrosos, por ello, reciben el nada honorable mote de “casibandidos”. Los dibujos eran en blanco y negro, bien definidos y con un toque siniestro que dejaba sentir la maldad de sus personajes.

Durante la lectura, los niños tomaban su lugar y prestaban atención a lo que se les decía. Se notaban animados, listos para escuchar aquellas historias. Sin duda, habían logrado formar una tribu en torno a los libros.

En una de mis últimas exploraciones de observación a los lectores en voz alta, regresé al Centro Cultural Helena Garro, para escuchar a la lectora Elia Crotte. Entre tapetes de colores, niños y papás descalzos, nos leyó el cuento *Alex quiere un dinosaurio*, de Kitamura y Oram. Este libro cuenta la historia de un niño que deseaba tener un dinosaurio como mascota, pero sus padres no se lo permiten. Sin embargo, gracias a su abuelo, cumple su sueño; lo que Alex no tomó en cuenta era lo que representaba tener una mascota tan peculiar. En una serie de situaciones cómicas disfrutamos la aventura de Alex y su gran amigo.

La técnica que la lectora usó, me gustó porque no estaba en un podio, sino que se integró con los asistentes y, con el libro en mano, caminaba entre nosotros. Alzaba o bajaba la voz; era como si esa historia tuviera pies. Nos hacía acompañarla con aplausos o con ruidos que ambientaran al relato. Cada palabra nos envolvía. Empatizamos totalmente con el niño que deseaba su dinosaurio.

Después de escuchar a distintas personas que se dedican al arte de leer en voz alta y al de cuentacuentos, considero que se debe tener una sensibilidad muy especial. Si bien no todos aquellos que se dedican a esta bella labor son adultos, al momento de realizar su acto, sufrían una metamorfosis, volvían a su infancia. Con cada una de mis visitas reflexioné cómo la candidez y los miedos de la niñez, un día se fueron para no volver y con ellas muchas otras emociones también.

La educación es una tarea esencial en la vida de cualquier persona, se encarga de preparar a los individuos para afrontar los retos de la vida, gracias a que ayuda a desarrollar habilidades y conocimientos en diversas áreas. En ella es crucial la lectura, ya que a través de ésta, se crean diversas metodologías de aprendizaje y tipos de relación con las personas y el ambiente que las rodea. Según Joan-Carles

Melich. “La acción educativa se contempla como la convergencia creativa, receptiva y comunicativa de corporeidades. Alguien se educa mediante la acción constitutiva de otra conciencia corpórea”. Así, se percibe la trascendencia del contacto con el otro, es decir, de la interacción (Melich, 1994:168).

Una modalidad pedagógica desenfadada, como la educación experiencial, es el punto donde confluyen la educación, la comunicación, la interacción y la lúdica pues como dice Rodolfo Castro “Para que la lectura adquiriera la dimensión de la que tanto se habla es preciso acceder a ella con mayor desfachatez y menos prevenciones, rescatar la desvergüenza y la osadía que teníamos cuando niños” (Castro, 2002:51).

Obviamente la lectura puede realizarse de muchas maneras y con diferentes objetivos. No es lo mismo leer en la intimidad que en público, de cualquier forma, la lectura siempre nos permite alcanzar distintas metas, como alimentar nuestra imaginación, reflexionar sobre ideas o conceptos abstractos, entrar en contacto con nuestro idioma o con otros, conocer otras realidades. Es relevante que la lectura rinda sus mejores frutos, que se realice en ambientes sosegados los cuales permitan que la persona se olvide de su entorno y se sumerja en la historia que lee. Sólo viviendo en carne viva la lectura, se probarán sus bondades.

CAPÍTULO 3. EL GRUPO BÚHOS DEL KÍNDER *GYMBOREE*

En este apartado contaré un poco de la historia del preescolar y les presentaré al grupo de tercer grado de preescolar *Búhos*. Esta sección también contiene un cuadro con las lecturas y actividades realizadas para seducir a los alumnos a la lectura.

La fundadora de Gymboree es Joan Barnes, quien en 1976 inició su concepto de preescolar, en la ciudad de Burlingame, California, después del nacimiento de sus hijas. Reconoció que existía la necesidad de un programa que les diera oportunidad a los padres de jugar creativamente con sus bebés, aprender acerca de su desarrollo y hacer nuevas amistades.

Gymboree trabaja programas de desarrollo infantil para niños desde recién nacidos hasta los 6 años de edad. Los centros Gymboree operan bajo la dirección de profesionales de la educación, dedicados y capacitados para hacer de la experiencia una fascinante, valiosa y divertida.

En México inicia operaciones en 1990. Con la colaboración de 5 socios. Con 70 centros a nivel nacional y un crecimiento de más del 200% del año 90 a la fecha.

Su método de enseñanza consiste en un programa de juego y desarrollo para padres e hijos de su comunidad. Siempre en constante participación, con exposiciones de arte, obras de teatro, recitales, días de campo, convivios, fiestas de cumpleaños entre otros.

Los tipos de familias que se integran a este preescolar suelen ser familias de un nivel socioeconómico de medio a alto. Desde actores de televisión, deportistas, hasta profesionistas de variada índole forman parte de su comunidad.

El nombre del club de lectura *Búhos* surge a raíz de que en el preescolar *Gymboree*, los grados y grupos no están clasificados ni por letras ni por número (grupo *A, B, C*, etcétera), sino que usan nombres de animales para ordenarlos. En este caso, los niños de tercero de preescolar son *Búhos*, por ello, utilicé a su mascota distintiva para

nombrar a mi club de lectura. Los Búhos es un grupo con niños de tercer grado que está conformado por 23 alumnos: 11 niñas y 12 niños.



En el salón se distribuyen los alumnos en grupos de cuatro a seis niños. La edad del grupo oscila entre los cinco y seis años. En su mayoría, aún no se apropiaron del sistema de escritura. Es crucial intervenir en edades tempranas “en la fase inicial de pre-lectura, el niño entra en contacto con el hecho literario a través de la oralidad, del contador de cuentos que suelen ser sus padres o maestros; y sólo más tarde, en su acceso a la letra impresa, advertirá en lo que lee el reflejo de los esquemas de la cuentística tradicional” (Calleja, 1992:19).

3.1 ¿Cómo preparaba las clases?

Las sesiones de lectura en voz alta en el preescolar eran todos los viernes de 9:00 a 10:30 a.m. (antes del recreo) o de 11:00 a.m. a 12:00 p.m. (luego del descanso). Días previos a cada sesión buscaba libros, no tenía un catálogo fijo, me parecía que lo mejor era elegir los libros sobre el rumbo, en mi opinión, eso me permitiría adecuar mi historia a cualquier acontecimiento que me pareciera importante, además de ganar flexibilidad para trabajar.

Los libros los buscaba en la biblioteca infantil de la UPN, algunos otros los compré y otros son de la biblioteca del preescolar donde trabajé. Inmediatamente después de elegirlo, lo leía varias veces; pues, como dice Rodolfo Castro, “para que un texto literario pueda ser leído en voz alta frente a un grupo de personas que lo escuchan

por primera vez, es necesario que el lector emisor ya lo haya leído y se haya embarcado en la tarea de trasladar el lenguaje escrito al lenguaje oral” (Castro, 2002:91). En mis andanzas con los lectores en voz alta y cuentacuentos aprendí que siempre debía limpiar mi material antes y después de cada sesión de lectura para prevenir posibles infecciones.

Siempre que entraba al salón saludaba a las maestras y a los niños. Cuando las profesoras me daban luz verde para comenzar, hacía una introducción que normalmente, era la misma: una especie de cortinilla verbal para darle un formato a mis sesiones. Sumada a la lectura, siempre había una actividad que reforzara la lectura de manera didáctica y lúdica, siempre enfocada al tema del libro.

Por otro lado, en todo momento, tenía presente los siguientes puntos para lograr ser un buen lector en voz alta:

1. Lee mucho
2. Cree en ti mismo y piensa que eres el mejor lector del mundo
3. Deja la vergüenza afuera, no hay cabida para ella, aquel que no se sabe reír de sí mismo, no sirve para esto
4. Diviértete, goza la lectura, sólo así lograras transmitir la emoción de la lectura

TABLA DE ACTIVIDADES

| NUMERO DE SESIÓN | LIBRO | AUTOR | ASISTENTES | ACTIVIDAD |
|------------------|------------------------------------|-----------------------------|------------|---------------------------|
| 1 | CUENTOS PARA JUGAR | GIANNI RODARI | 14 | TEATRALIDAD |
| 2 | JULIETA Y SU CAJA DE COLORES | CARLOS LÓPEZ PELLICER | 19 | DIBUJAR ALGO INVISIBLE |

| | | | | |
|---|------------------------------------|----------------------|----|--|
| 3 | EL SAPO QUE NO QUERÍA COMER | MARTHA SASTRIAS | 21 | DIBUJAR SU COMIDA PREFERIDA Y DECIR POR QUÉ LA PREFIEREN |
| 4 | A LUCAS TODO LE SALE MAL | MARÍA LUISA PUGA | 17 | DIBUJAR GRUPAL E INDIVIDUALMENTE UN PERSONAJE O UN ESCENARIO |
| 5 | RAMÓN PREOCUPÓN | ANTHONY BROWNY | 21 | MODELAR CON PLASTILINA |
| 6 | MI PRINCESITO | CHERYL KILODAVIS | 23 | CONOCER A ALGUIEN NUEVO |
| 7 | EL MONSTRUO AL QUE LE GUSTABA LEER | LIL CHARTRAND | 23 | VIAJAR IMAGINANDO |
| 8 | YO TENGO UNA CASA | CLAUDIA LEGNAZZI | 19 | CONTAR UNA HISTORIA SÓLO CON DIBUJOS |
| 8 | DE CÓMO NACIÓ LA HISTORIA | ROCIO MARTÍNEZ PÉREZ | 20 | DIBUJAR ALGO SIGNIFICATIVO |

| | | | | |
|----|------------------|-------------------|----|------------------------------|
| | DEL BOSQUE | | | |
| 10 | CAMINO A CASA | JAIRO BUITRAGO | 23 | CONVIVENCIA CON LOS NIÑOS |

CAPÍTULO 4. DESARROLLO DEL PROYECTO. LOS BÚHOS Y MIS HISTORIAS

Sesión 1: Cosechemos una zanahoria.

Mediados de febrero del año 2017. Hace una mañana fresca, melancólica, llena de nubes grises. Se puede percibir la amenaza de lluvia. Sería un embustero si dijera que no me siento nervioso y el clima no ayuda. Hago acopio de todas mis fuerzas. Paso saliva, mientras subo las escaleras y camino por los pasillos. Cada paso me estremece. Una de las maestras me comenta un poco sobre los grupos, aunque no comprendo qué dice, sólo escucho una voz lejana que emite palabras sin sentido.

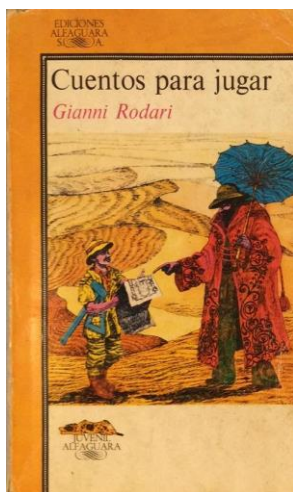
Al llegar al salón donde trabajaré, miro a los pequeños monstruos como saltan y corren entre las mesas. Es demasiado tarde para salir huyendo. La maestra me pregunta si estoy listo. Claro que sí —contesto mecánicamente—. Abre la puerta y de inmediato los alumnos se quedan mirándome, se me hiela el corazón. Algunos se acercan para saludarme, incluso antes de presentarme, eso me calma.

En cada grupo hay dos profesoras: la maestra titular y una asistente, me presento con ambas, luego es hora de hacerlo con los alumnos. Rápidamente hago un recuento mental de mis andanzas en pos de aprender a leerles a los niños en voz alta. tomo un poco de agua y respiro hondo como quien se dará un clavado en aguas profundas sin saber si saldrá vivo o no.

—Hola, niños, me llamo Yael; me da mucho gusto estar aquí y conocerlos. Hoy vine para leerles historias que descubrí en los libros, ¿sabían ustedes que en los libros pueden encontrar todo tipo de historias? Las hay de amor, de amistad, de terror, de comedia, para chicos y grandes y de todos los sabores y colores. Para todos hay una historia.

Saco un libro de mi mochila. Es de Gianni Rodari. Decidí apoyarme en este autor porque un día el profesor de la universidad donde estudiaba, Roberto Pulido, llegó a clase con el libro *Cuentos para Jugar*. El maestro hizo que mis compañeros y yo participáramos en la teatralización del cuento *La Gran Zanahoria*. Fue una experiencia muy divertida e impactante. A los pocos minutos todos estábamos riendo

y gritando como niños. Debido a aquella “clase” entrañable, decidí utilizar ese libro y la misma actividad en mis prácticas para el trabajo de tesis, aunado a esto, pensé que era un libro lleno de posibilidades lúdicas que me ayudarían a romper el hielo con los niños.



El libro *Cuentos para Jugar* contiene 20 historias, todas con finales alternativos que convocan a la cordialidad, generosidad, imaginación y sinceridad que ponen a trabajar la creatividad. El lector lee, mira, piensa y, si no hay un final a su gusto, puede inventarlo, escribirlo o dibujarlo.

Antes de iniciar la lectura les pregunto si les agradan los vegetales. algunos contestan que sí, otros que no. A estos últimos les comento que me da mucha tristeza esa respuesta, pero que estoy seguro de que cambiarán de opinión después de escuchar mi historia que trata de un vegetal, aunque no de uno común y corriente, sino de uno muy particular que un granjero llamado Oreste sembró. Una vez más pregunto si les gustaría escuchar el cuento, entonces a una sola voz gritan: ¡sí!



Tomo el libro y leo el título en voz fuerte y clara: ¡La Gran Zanahoria!, mientras avanzo en los párrafos, camino en medio de las mesas. Estoy nervioso, pero no me dejo vencer por los nervios. Acercó el libro a las miradas curiosas y atentas de mis escuchas que se muestran atentos y tienen un semblante serio. Me empeño para no perderlos.

Ya no soy Yael, me he transformado en Oreste el hortelano. ¡Maldita zanahoria, no sale! ¿Qué podré hacer? Ya sé, llamaré a mi esposa Giuseppina. De sorpresa le pido ayuda a Cristina, una alumna.

—Giuseppina, ayúdame a sacar esta terca zanahoria; jálame de mi brazo para para lograr arrancarla de la tierra.

Al ver que nuestros esfuerzos eran inútiles, Cristina alias “Giuseppina” buscó a otro alumno para que hiciera de nuestro hijo Romeo. Entonces fuimos por Jovani para que actuara de Romeo; sin embargo, ni con el auxilio de mi esposa e hijo cedía la zanahoria. Nos vimos en la penosa necesidad de hablarle al abuelo. Miguel (el abuelo) fue a nuestro rescate —a paso lento claro.

—¿Están listos, agarrados? ¡Venga sube, venga sube!

Halamos con tal fuerza que el abuelo se fue de posaderas al suelo. Todos reíamos ante la escena.

Comenzaba a controlarme. Saber que los niños interactuaban conmigo, me aislaba de mis inseguridades, eso era un beneficio porque mi voz ya no temblaba.

Éramos incapaces de lograr nuestro objetivo, en ese instante, Romeo sugirió traer al vecino junto con su esposa e hijo, así, se sumaron Alberto, Victoria e Ismael, en los respectivos papeles de los vecinos, aunque sin mucha fortuna porque no ganamos nada.

Las caras ruborizadas de los niños, sus cuerpos doblados por la risa, la expectativa de lo que conseguiríamos, me transportaban a las tardes en el parque con mis amigos de la cuadra. Era un placer notar lo que mi lectura les provocaba.

La voz se esparció por el pueblo. Corrían rumores de que aquello no era una zanahoria, sino una enorme ballena. Tal vez esa era la razón por la cual el condenado vegetal no salía. Los niños argumentaban que allá abajo había una piedra enorme o que era el mechón verde del cabello de un gigante, mientras tanto, llegaban cada vez más personas al huerto para auxiliarnos.

Itzel, Rosalía, Samuel, Javier y los demás saltaron de sus asientos para formar una enorme cadena que jalaba y jalaba, en aras de cosechar a la necia zanahoria.

Estaba pasando tan buen rato que quería alargar el cuento. En contraste, sabía que era arriesgado, pues se trataba de mi primera lectura en público y no quería que saliera nada mal.

Al final, lo conseguimos, no sin sudar mares, tener ante nosotros la gigantesca zanahoria. Pregunté a los niños que si lograban verla. Sin necesidad de pedirles que fingieran asombro, alzaban sus cabezas para contemplar esa descomunal verdura que tanta batalla nos había dado.

Es enorme, no alcanzo a verla toda, debe saber muy rica —decían—. La impresionante participación de los niños y su gran imaginación, me dejaba atónito. Era difícil creer cómo se metían en la narración. Yo me encontraba igual de emocionado que ellos y hondamente conmovido.

Comenté que si todos trabajábamos en equipo no habría tarea imposible para nosotros ni aquí ni en la vida; les sugerí que nunca olvidaran esta moraleja. Posterior, expuse que, de la misma forma llena de entusiasmo y cooperación, abordaríamos nuestros ratos de lectura.

¡Sí, maestro!, —gritaron a todo pulmón.

Cuando finalizó la actividad, los niños me rodearon; me sentía como toda una estrella de *Hollywood*. Salí del salón como pude, ya que los niños me interceptaban para invitarme al recreo o pedirme que me quedara a leer más historias. No me permitieron irme hasta que les prometiera solemnemente que volvería pronto. Me enterneció ver tantos pequeños abrazando mis piernas o jalándome del pantalón, casi rogándome para que no me fuera. Mi primer acercamiento estaba hecho y había sido mucho mejor de lo que esperaba. Sin embargo, aún faltaba un largo camino por recorrer.

Sesión 2: Los burros verdes existen.



A mi llegada, los alumnos me saludaron con calurosa vivacidad, después de tan hospitalaria bienvenida, comienzo la sesión platicándoles sobre mi gusto por el dibujo, de lo mucho que me ha dado y servido en muchas facetas de la vida y, al

mismo tiempo, les hago circular algunos dibujos míos. Mientras los miran, les explico que fue una de las primeras formas de expresión del hombre, que incluso nuestras letras se podrían considerar como dibujos.

El dibujo es, además, comprendido como una de las formas más estimulantes y útiles para el desarrollo de capacidades, tales como la originalidad, el estilo personal, la formación de la libertad de expresión y da la posibilidad de materializar eso que sólo habita en la fantasía. Algunos de los alumnos me preguntan, ¿cómo es eso? Esa es la entrada para el texto de este día.

Julieta y su Caja de Colores, escrito e ilustrado por Carlos Pellicer López, es un libro encantador para aquellos que disfrutan del dibujo. ¿Te imaginas traer a la realidad todas tus fantasías? Puede que suene disparatado, pero Julieta, quien es protagonista en esta historia, nos demostrará que no es así. Con su caja de colores dará vida a paisajes, sentimientos, emociones, también a personajes extraordinarios gracias al poder del arte y su creatividad, por si esto fuera poco, el arte del libro es muy parecido al del famoso pintor Pablo Picasso, navega entre cubismo y surrealismo.



Me pareció crucial que fuera de los primeros libros álbum con los que trabajaría por su temática vinculada con mi proyecto de intervención como es la ilustración.

Cogí el libro. Con tono solemne, leí el primer párrafo. Intentaba saborear cada palabra, pues tenían que ser leídas con la modulación exacta, no quería emocionarme de más y que eso provocara que leyera demasiado rápido, para mí, este cuento era de gran importancia. Deseaba transmitirles mi cariño por el dibujo, de llevarlos al momento en que Julieta está en su casa rodeada por sus colores.

Me encontraba tan comprometido con la narración que olvidé mostrar las imágenes; sin embargo, los pequeños no demoraron en reclamar mi error. Sentí complacencia ante aquel acto. No debía descuidar ese gran detalle porque, de algún modo, las ilustraciones eran su texto principal para disfrutar del cuento.

Exclamaciones como ¡wow!, ¡órale! oaa...., inundaron la habitación. Había niños que se levantaban y abrían los ojos para ver mejor las creaciones de Julieta. Yo pasaba las hojas que se desprendían del libro por ser muy viejo para su deleite.

Cuando llegué a la parte de la historia en que Julieta pinta un burro color verde, noté que los niños no se sorprendieron como yo esperaba, quizá porque aún viven en un mundo de posibilidades abiertas. En cambio yo pertenezco al mundo adulto donde todo tiene un sólo modo de ser.

Otro aspecto que llamó mi atención fue que los niños me preguntaban y comentaban acerca de todos los detalles de las imágenes: por qué Julieta no tenía ojos, que si las líneas del contorno se cruzaban, por qué unos dibujos eran a color y otros no, qué colores eran los que se utilizaban...

Siendo honesto, a veces tantas preguntas y comentarios me agobiaban, porque no sabía cómo reaccionar. En mis observaciones en las librerías, había a un grupo muy inquieto. En aquella ocasión la lectora optó por alzar la voz e ignorar a los niños, aunque esa actitud no me parecía la correcta. En la medida posible, les contestaba, incluso, a veces les devolvía su pregunta en un empeño por hacerlos reflexionar sobre lo que veían y oían.

Isabel y Santi se retorcían en sus asientos, daban leves goles a las mesas. Jorge entrelazaba sus manos como si fuera a rezar, echaba su espalda adelante; me gusta pensar que sus posturas se debían a que los tenía hechizados con mi lectura y no por la impaciencia de que terminara pronto.

Toda incertidumbre se desvaneció en cuanto acabé de leer las dos últimas frases del texto que decían así “saber pintar es saber decir las cosas y colorín, colorado, este cuento de colores se ha acabado”. Cerré el libro. El clamoroso aplauso de los alumnos me reconfortó.

Al término de la lectura desarrollé una actividad que consistió en que los niños dibujaran alguna idea que sólo habitara en sus sueños o en su imaginación. Propuse que ilustraran un objeto que no conocieran o que supieran que existe, pero que no tiene una forma específica o que no es visible.

¿Cómo el sonido, maestro?, —preguntó uno de los niños—.

Ese era un buen ejemplo —le respondí—.

Antes de que volviera a realizar un comentario, todo el salón empezó a dibujar el sonido, según como cada uno lo imaginaba. No faltaron los curiosos que se escapaban a echar un ojo al compañero de al lado para buscar inspiración.

En las siguientes producciones pertenecientes a Leonor y Gabriela podemos notar como dibujaron el canto de un ave y las ondas del aire respectivamente. Ambas manifestaciones que no podemos ver, empero si podemos escuchar o percibir.



No cabe duda que este ejercicio reforzó la imaginación y las habilidades de apreciación y creación mediante el dibujo. Los niños a diferencia de los adultos, no se les dificulta pensar en una representación y posteriormente dibujarla. Reflexionan poco acerca de cómo lo podrían trazar; los niños no viven con una estructura uniforme del mundo ni con conceptos absolutos, tampoco con prejuicios. Sus mentes aún vagan libres para crear un mundo.

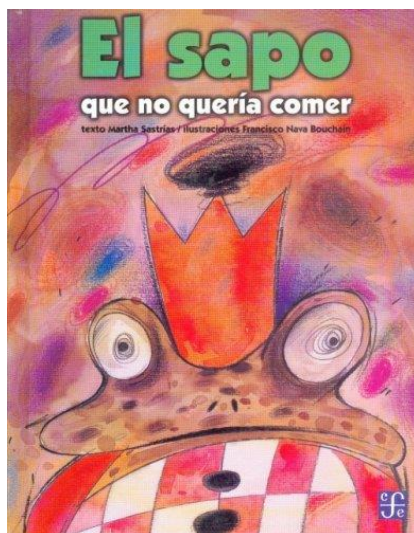
Debemos concebir a la lectura como una habilidad a desarrollar, no exclusivamente como una simple técnica. “La lectura es mucho más que un sistema que hay que decodificar; es un proceso destinado a construir el significado de un texto en el que se producen transacciones entre pensamiento y lenguaje (Goodman, 1982: 63).

Sesión 3: Dime que comes, te diré quien eres.

La comida no es un tema menor en la literatura ni en la vida. La comida llena nuestros vacíos, apacigua nuestra zozobra, nos hace sentir que estamos completos, brinda una impresión de que no nos falta nada. La comida es una forma en la que nos consentimos y mimamos a otras personas. Por medio del pábulo sentimos que recibimos amor. Provoca la sensación de que somos felices y sanos.

A muchos de nosotros nos han invitado a comer, hemos asistido a una fiesta donde la comida que nos sirven no es precisamente de nuestro agrado, pero como personas educadas guardamos silencio y nos la comemos, a pesar de todo.

La siguiente historia trata de un sapo rey que es invitado al reino de la tortuga para asistir a un gran banquete en su honor; sin embargo cada platillo que le ofrecen le provoca repulsión. Al parecer, no desea comer ninguno de los alimentos. Por tal motivo, se hace una gran revuelta, entonces, la reina tortuga deberá encontrar una solución a este problema. *El sapo que no quería comer*, con texto de Martha Sastrías e ilustrado por Rafael Nava Bouchaín, es el libro que elegí por su mensaje: aprender a comunicarnos.



La obra contiene dibujos que parecen estar hechos con colores de madera y pinturas al óleo, provenientes de una paleta brillante y de una opaca. Los personajes dan la impresión de estar dibujados por niños. Contiene perspectivas ladeadas un poco estiradas que ocupan siempre dos hojas. Es un libro que atrae a los lectores más pequeños debido a sus ilustraciones.

Al momento de la lectura, los niños se frotaban la panza y decían en voz baja que tenían hambre. Admito que no fue una gran idea leerles este libro antes de su recreo... A cada ilustración de comida que les presentaba, ¡mmm..., yomi!, ay qué rico, ¡yo quiero! Se frotaban las palmas de las manos como quien espera que le sirvan un succulento manjar.

Sus reacciones me incitaban a esbozar sonrisas. Ver sus hambrientas caritas era francamente divertido. A pesar del texto mínimo de esta obra, intentaba alargar la lectura. Por momentos me detenía para preguntarles si lograban oler la comida; respondían con un extendido sí.

La extrovertida Adriana se levantó de su asiento para tocar el libro y hacer ademanes de que se comía los alimentos representados en él.

¡Yo también quiero, dame! —les decía sus compañeros.

En esta ocasión, me empeñaba en ser más expresivo, dar un toque de exageración a la narración. Tomaba mi tiempo en cada página; sin embargo, no contaba con la astucia de Juan Carlos, el niño más parlanchín del grupo. Juan Carlos anticipó el final. Yo estaba un tanto decepcionado por eso, me pareció que había realizado mal mi trabajo, aunque más tarde reflexioné en que eso posiblemente se debió a que Juan Carlos estaba muy atento y no por una falla de mi parte.

La actividad elegida para este libro consistió en que los alumnos trabajaran en parejas. Así, discutirían acerca de su platillo predilecto y de las razones del porqué era su favorito; además, debía contar una anécdota que recordara gracias a él. Pedí que dibujaran su comida preferida, luego elegí a cinco niños para que expusieran sus ilustraciones y compartieran sus historias.

A continuación recupero tres de las historias y un par de ilustraciones de los niños. Cabe señalar que dichos comentarios los rescate gracias a que en muchas ocasiones hacia apuntes rápidos de lo que iba sucediendo, en hojas sueltas que tenía a la mano.

Iván

“Me gusta mucho comer carne porque me recuerda a un día que estaba con mi hermano viendo caricaturas y mi mamá nos traía la comida al sillón me sentía como rey”.



Jessica

“Mi comida favorita es el espagueti, me gusta mucho su forma de cabellos que tiene, pero una vez me dejo de gustar porque lo comí mucho y me enfermé de la panza, me tuvieron que llevar al doctor y me sentí triste”.

Juan Carlos

“Mi comida favorita son las hamburguesas, huelen muy rico y me gustan porque mis papás siempre me llevan a comerlas a Mcdolads, en mi cumpleaños y me subo a los juegos con mis primos”.

Sesión 4: De la suerte y otros infortunios

La superstición es una creencia latente en los niños, ya sea por miedo a lo desconocido, porque no le encuentran una explicación a ciertos sucesos, o probablemente sea el resultado de baja autoestima. Cualquiera que sea el caso es un hecho que los predispone. Ejemplos de esas creencias son los gatos negros, cruzar los dedos, el viernes 13, tocar madera, entre otros. Si estos pensamientos no son mesurados es posible que el supersticioso presente muchas limitaciones en su vida cotidiana. Muchas veces, al no encontrar seguridad en nosotros mismos, la buscamos en fuentes externas.

¿Te volverías supersticioso si en tu vida nada marchara bien? *A Lucas Todo le Sale Mal*, de María Luisa Puga es un libro que habla sobre Lucas quien cree que existen fuerzas ocultas que pueden simbolizar y determinar ciertas situaciones. Sus días están plagados de accidentes, los objetos se le caen de las manos, derrama agua, patea piedras en lugar de balones, absolutamente todo le sale mal. En un momento, parece que Lucas encuentra la solución a su mala suerte. Se trata de una corcholata que le servirá como amuleto. En esta humorística narración los búhos me acompañaron a descubrir si su amuleto en verdad los ayudará.



Dibujos abstractos en luces y sombras, de Stefanie Schikora, acompañan y nutren al texto. En cada dibujo se develan las huellas de una pincelada regular y corta.

Cuenta con escenarios desordenados que bien pudieron ser sacados de la habitación de juego de una casa.

Antes de iniciar mi lectura les propuse a los niños que realizaríamos los dibujos del libro y, para que funcionara la dinámica, no les mostraría las ilustraciones hasta acabar el cuento para que imagináramos a los personajes y los escenarios. Únicamente prestarían atención al sonido de mi voz.

En un inicio, los alumnos no parecían muy convencidos con mi propuesta; me puso nervioso que no concordáramos. Pensaba que no les agradaría la historia; sin embargo, era primordial abordar la lectura de diferentes modos para que no se volvieran monótonas y los niños se divirtieran.

Cierren sus ojos. “¿Quién es Lucas? Es el hijo de mi vecino, tiene 10 años y quiere ser astronauta, lo viene diciendo desde los 6, tal vez porque ve todas las películas del espacio que puede, lo malo es que a Lucas todo le sale mal, todo, si se sirve agua se le cae, si se compra un chicle tira el chicle en lugar de la envoltura...”.

¿Se imaginan a Lucas, pueden ver cómo está vestido, de qué color es su piel y su cabello, si es alto o bajito, si es rizado o lacio? —pregunté.

Casi como un susurro, Rosalía me contesta que es chinito y Victoria le sigue la corriente, diciendo que sí es chinito y que está vestido de verde. La participación del grupo no cesaba. Me manifiestan que tiene el pelo corto, que es bajito, está gordito, tiene la piel morenita... Antes de que arrojaran más comentarios, les dije que mejor lo dibujáramos al terminar el cuento. Acoto que todos esos rasgos y otros son útiles para que le demos vida a Lucas.

Prosigo leyendo. Mientras hago mímica que ayude a suplir a las imágenes. Cuando Lucas habla, le doy voz suavizando la mía; los niños sonríen y me exploran con la mirada. Verónica y Marta se cubrían la boca, ahogando risitas burlonas. De reojo miré a la maestra y noté que se reía de mis desfiguros, aunque lejos de intimidarme, me sentía como pavorreal, todo un actor consumado.

La parte más difícil y satisfactoria de la lectura fue cuando representé la escena cuando Lucas se mira al espejo para decirse que todo estará bien. Me paraba a la derecha y luego a la izquierda, hablando conmigo mismo. No creía que el acto de leer fuera tan extenuante. De vez en cuando me llevaba la mano a la frente para limpiarme el sudor.

Cuando terminé, los niños y la maestra gritaron: “¡bravo, bravo!”. Fue el instante revelador en que supe que me había convertido en un narrador en voz alta y un cuentacuentos, ¡qué felicidad!

Proporcioné hojas blancas a todos, mientras la ayudante de la profesora sacaba los botes llenos de colores para entregárselos a los pequeños artistas.

Mientras ellos se concentraban en sus obras, de vez en cuando les interrumpía para preguntarles más acerca de las características de Lucas y de su entorno. Con lo que me decían igualmente armaba mi propia versión de Lucas. En cada sesión siempre pretendo ser uno más de los niños para que sepan que a mí también me envuelven las historias y me divierten con ellos, no dudo en reírme de mí mismo, sin temor a hacer el ridículo.

Cada vez más los niños me reconocían como parte de su grupo, ya no se intimidaban ni apenaban cuando pasaba a sus mesas para ver cómo trabajaban, por eso, se volvió frecuente que se amotinaran para que les resolviera dudas o para mostrarme sus productos. El cambio se logró porque el educador se transformó en educando y los educandos en profesores.

Cuando los alumnos notaban que también yo dibujaba, se acercaban para mirar cómo lo trazaba. Algunos de ellos me ofrecían sus lápices de colores para mejorar mi dibujo, se sorprendían de lo rápido que, según ellos, dibujaba al personaje. Inevitablemente me hizo revivir aquellos días en la primaria cuando mis compañeros observaban mis dibujos y me elogiaban por ellos.



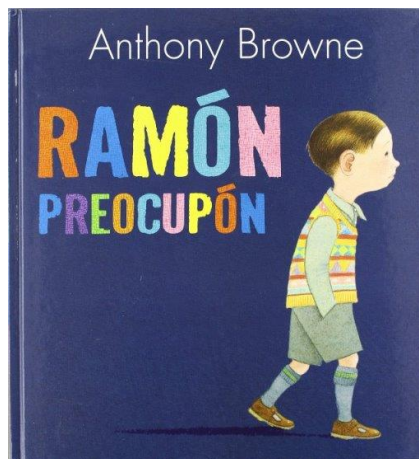


Al final, todos hicieron a su propio personaje con ropa distinta, tamaño diferente. cada uno fue arquitecto que ayudó a dar nueva identidad al cuento de ese día.



Sesión 5: Más vale relajado, que preocupado.

Me sentía agradecido por el espacio que se me brindó y quería aprovecharlo. Antes de cada jornada, pensaba mucho en la didáctica que usaría para mi lectura. Gran parte de mi tiempo lo pasaba en la biblioteca buscando el libro álbum ideal para cada sesión. Eso me agobiaba constantemente, por lo tanto, me di a la tarea de investigar si había un libro que hablara de la angustia, de esta manera, encontré el libro *Ramón Preocupón*, escrito e ilustrado por el gran Anthony Browne.



Desde niños ronda nuestras espaldas, nos provoca el sudor y agita nuestro corazón. Se hace llamar miedo, la raíz de todas las angustias, aparece en nuestros sueños. El miedo nos frena y nos arrebató la calma. Este es un sentimiento que viene de una idea, de una creencia o de una situación que nos perjudica.

Ya sea miedo a los monstruos, a las serpientes, a lo desconocido o a aquello que no controlamos; la realidad es que todos sentimos temor. Quién no se ha levantado de un salto a medianoche o temblado ante una película de horror. Algunas veces lo soportamos y otras no, cada quien deberá encontrar la cura para sus miedos.

Ramón, el niño de este cuento, no es la excepción, pues le teme a mil cosas: a la lluvia, a los pájaros enormes, a las nubes. No le interesaba si su abuela le dijera que

todo era producto de su imaginación, él permanecía angustiado, hasta que un día todo cambio para el joven Ramón.

Los dibujos de Anthony Brown siempre van más allá de la mera decoración. Sus acuarelas son muy reales. Si uno las contempla detenidamente advierte la rareza: changos vestidos como humanos, personas y objetos que se convierten en animales. En sus libros encontrarás emociones en sus colores, los personajes siempre crecen junto al lector, sin dudar, las imágenes dicen más que sus letras, ya que invita al lector a incorporarse a la historia.

Después del recreo, les solicité a los niños que tomaran asiento, posteriormente les pedí que me platicaran si tenían algún miedo o preocupación. Obtuve respuestas variadas que iban desde la oscuridad, a los monstruos y hasta la muerte de un ser amado. Sabiendo esto arranqué la lectura.

Con el libro en mis manos, caminaba en medio de las mesas, obligándolos a girar para observarme. En algunas escenas los niños saltaban y exclamaban ruidos como de susto. Por mi parte, contribuía dándole repentinos aumentos al volumen a mi voz para enfatizar en los miedos del protagonista, acrecentando el suspenso en mis escuchas. Era verdaderamente placentero tener el control de sus emociones, al menos en un breve tiempo.

Los niños miraban muy atentos las imágenes, me preguntaban por qué Ramón le temía a tantas cosas. Más de una vez me tomaban por sorpresa sus preguntas. debía estar alerta y a la vez concentrado en el texto, no siempre los dejaba satisfechos con mis respuestas —por ello, con frecuencia— dejaba el libro en una mesa para que se acercaran a contemplar los dibujos, de esa manera, encontrarán sus propias respuestas.

Sus respectivos hallazgos eran sorprendentes; los niños me decían que en la ventana de Ramón aparecía un fantasma o que tenía miedo porque sus papás no estaban. Ximena, una de las alumnas, comentó que, seguramente, era porque dormía solo y que a ella también le daba miedo la noche desde que se duerme sola.

Las historias que inventaban y deducían, a partir de las ilustraciones, me enseñaban cómo mirar las imágenes de otro modo. Ellos giraban el libro a su conveniencia, sin importarles si estaba de cabeza o no, de esa manera, nutrían la historia, le encontraban un significado desde su experiencia.

Hacia el final del cuento, Ramón vence sus preocupaciones, gracias a unos muñecos llamados “quita pesares”, a los que les confía todas sus angustias. Se me ocurrió que podríamos convertirnos en modeladores para el juego de esta sesión. Utilizamos plastilina para dar forma a nuestras preocupaciones o miedos.



Comenzamos a modelar. En las mesas empezaron a aparecer figuras como caras, animales y otras más que no descifré. Por mi parte, no me quedé atrás, también compuse uno de mis miedos en plastilina. Cada uno de nosotros expuso su creación. Esta fue la forma en la que los niños expresaron verbal y materialmente sus sentimientos. Ese día montamos una galería del terror en uno de los estantes del salón; estaba absorto pensando en que le dimos forma a nuestros miedos y, teniéndolos enfrente, ya no eran tan espeluznantes como lo imaginábamos.



Sesión 6: En los zapatos del otro.

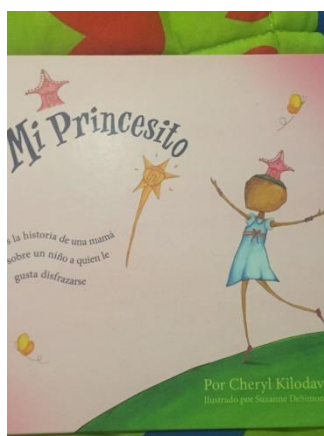
La sociedad actual, quizá sea una de las más violentas en la historia de la humanidad. La población infantil no escapa a esta terrible afirmación. Existe una alarma por el posible crecimiento de agresiones físicas y psicológicas entre los niños, por ello, es importante fomentar la tolerancia y el respeto a la diversidad.

Todos los niños tienen derecho a una educación que favorezca su cultura general y les permita, en condiciones de igualdad, desarrollar su identidad, su juicio, su sentido de responsabilidad social y moral. La tolerancia es uno de los principales valores para la vida en sociedad, de ella depende en gran medida el triunfo de las relaciones con los demás. Sin embargo, la tolerancia a la diversidad no es un valor innato, sino todo lo contrario. Sabiendo esto, debe educarse en un espíritu de comprensión, solidaridad, tolerancia, amistad, paz y fraternidad desde los primeros años de vida.

La vida en sociedad implica compartir ideas, gustos, culturas, costumbres, razas orientación sexual y ser respetuosos, tolerantes. Es, por este contexto, que se

tornan vitales dichos valores para la integración de todas las personas. Tomando en cuenta esto, la literatura sirve como trampolín para alcanzar una convivencia sana que procure la libertad de expresión y la felicidad de los sujetos.

A partir de ahí elegí el libro *Mi Princesito*, escrito por Cheryl Kilodavis y con las ilustraciones de Suzanne DeSimone. En este cuento aparece un niño que le gusta vestirse con ropa de niña y su color favorito es el rosa. Tiene una familia que lo quiere y lo apoya sin importar sus gustos; sin embargo, cuando va de compras con su madre, la gente se burla de él. Este libro muestra que no es malo ser diferente y que debemos crear una convivencia sana y ser empáticos.



Cuando leí el libro me identifiqué con él porque atestigüé una situación similar. Mi hermano tiene preferencias sexuales distintas, por ello, durante nuestra infancia fue juzgado y criticado. Aún recuerdo la impotencia que me embargaba al no saber cómo actuar ante las puñaladas verbales que mi hermano recibía. Conforme crecí advertí que lo más importante es saber quién es uno y estar cómodo con ello.

Para la lectura de este libro, los niños trabajaron en parejas de mujeres y hombres y con compañeros con los que casi no se juntaban. Posteriormente les pedí un momento para prepararme afuera del salón, unos instantes después, entré al aula ataviado con una peluca de cabello rubio largo y un moño; los niños empezaron a reír estruendosamente. Dejé que desahogaran aquel impulso.

En esa jornada, leí entre risas ahogadas y murmullos. Confieso que desde el primer día de trabajo no me había vuelto a sentir nervioso ante el ambiente del grupo; era intimidante escuchar todo eso. Se puede considerar extravagante la forma que elegí para leer, no obstante, deseaba saber cómo reaccionarían los niños antes y después de la historia.

Al cuestionarles sobre las ilustraciones, las niñas tomaron la batuta, les agradó bastante que el libro fuera, en su mayor parte, rosa. Gabriela me preguntó si sabía por qué las personas no tenían rostro (detalle en el que no había reparado); la misma pregunta se la devolví al grupo. Alberto comentó que quizá se debía a que nosotros teníamos que ponérselos. Interpreté aquella respuesta como empática. Cuando les pregunté sobre qué les decían las imágenes y el libro, se hizo un silencio en el aula. Posteriormente Rosalía dijo que debíamos ser buenos. Ximena respondió que no debíamos burlarnos; todo el grupo estuvo de acuerdo.

Formé parejas mixtas que no se trataban mucho entre sí. La finalidad era que se conocieran por un periodo de 10 minutos, se platicarían sus gustos y pasatiempos, con la esperanza de que descubrieran que, después de todo, no eran tan distintos. Al terminar el tiempo cada parejita compartiría con los demás lo que pensaban de su compañero antes y después de platicar con él.

Fue una alegría escuchar comentarios como: “no era tan enojona como creía” o “es muy chistoso, aunque siempre sea serio”. Lo mismo me había pasado a mí, algunas personas me caían mal, sin saber quiénes eran y que luego de una charla nos volvimos grandes amigos.

Los libros, sin duda, son espejos retrovisores que nos ayudan a mirarnos a nosotros mismos y a reflejarnos en los otros. Son zapatos que nos dejan caminar el sendero de nuestro prójimo. Son trajes que nos permiten ser otros y, de esta manera, cambiar nuestro punto de vista. Permite comprender, y comprender es el primer paso para solidarizarte e impedir abusos.



Continuamos con el trabajo en equipo y decidimos armar figuras con los bloques de plástico. Igualmente fue una forma de suavizar el ambiente, ya que parecía que mi discurso final había sido un poco serio.

Sesión 7 : Todos los monstruos saben leer.

Empecé el día dándome un santo golpe en el pie contra la pata de la cama. Desde ahí pensé que quizá no sería un día bueno. Salí de casa y las calles continuaban inundadas por la lluvia. Al cruzar la calle brinqué para evadir un charco, ¡sólo para ir a caer en otro charco lleno de fango! En fin, como sea, seguí avanzando. Algunas gotas de agua seguían cayendo aquí y allá, pero ¿por qué tenían que colarse precisamente por el cuello de mi camiseta hasta llegar a mi espalda? o, ¿por qué tenían que insistir en caer sobre el cristal de mi teléfono? De que hay días malos, los hay, de eso no cabe la menor duda.

Como sea, lo peor fue cuando llegué al kínder. De repente, empezó a dolerme terriblemente la cabeza, entonces me di cuenta que no había tomado mis medicamentos para el dolor (me estaba saliendo una muela del juicio) y lo ¡peor!, los

olvidé en casa. Como pude, empecé la sesión. Los niños esperaban su cuento semanal y no podía fallarles. Cuando abrí el libro me costaba mucho leerlo. El dolor no me daba tregua. Para ganar algo de tiempo, improvisé un personaje que les relatara mi desafortunada mañana, luego sólo tuve que usar toda mi frustración por lo sucedido para contar una historia que los hiciera reír.

Los monstruos siempre han habitado en nuestro mundo, ya sea en lo profundo del bosque o debajo de nuestras camas. Siempre han sido parte de nuestras vidas, aún más en la infancia. Existen los que son amables y los malvados. Protagonizan sueños, pesadillas, historias y leyendas.

Se considera a los monstruos como la encarnación del mal o del peligro. Son las figuras primordiales de los miedos infantiles. La literatura ha explorado aquella frase que reza “no te dejes llevar por las apariencias”, mostrándonos criaturas amables, casi humanos. El bien y el mal son partes importantes, ya que uno muestra el lado oscuro de la personalidad de los niños y el otro quizá refleje sus miedos. Están afuera y dentro de nosotros. Estamos llenos de contrastes y los niños no son la excepción.

El libro de ese día fue *El monstruo al que le gustaba leer*, escrito por Lili Chartrand, con ilustraciones del artista Rogé. Para la lectura nos sentamos en el suelo y cerramos las cortinas para dar un ambiente lúgubre a la historia. Los niños estaban encantados, se abrazaban entre sí y soltaban risitas nerviosas. Pedí que imaginaran estar lejos de casa, en un campamento a media noche. Con aquel escenario comencé el cuento.



Me movía con el libro en medio de la penumbra, dándole un toque de misterio a mi voz y al cuento. Los alumnos me perdían de vista. Conforme la historia avanzó, notaron que el monstruo de esta historia comenzaba a transformarse. Al inicio, el monstruo era feroz y al final se volvió sumamente amable.

Las ilustraciones de *El monstruo al que le gustaba leer* eran espectaculares. Nos permitieron palpar los escenarios. El monstruo estaba iluminado con un rojo sangre sensacional. Absorbía la curiosidad de los niños. Querían conocer a aquel ser de fauces enormes y filosos dientes. Necesitaban conocer el libro que el monstruo leía, detalle en el cual no hubiera pensado sin su ayuda. Decían: “mira es como el que vive en mi casa”. Los más aventurados opinaban que deseaban tener un monstruo como ése.

Dije que a veces, los monstruos no están en las cuevas o en los áticos, sino en nosotros mismos cuando actuamos de forma egoísta o grosera y que debíamos cuidar a ese monstruo para que no fuera feroz e intimidador.

Aquí tres de las producciones de aquella sesión de Jorge, Itzel y Santi



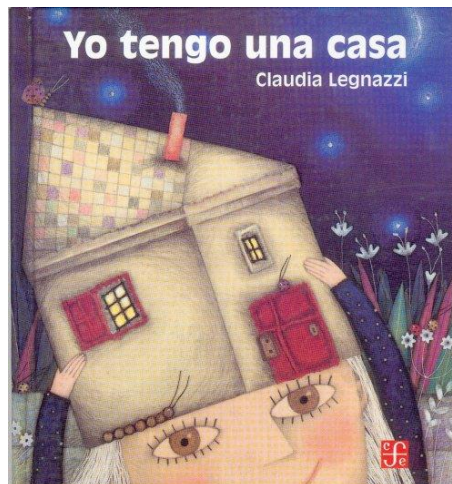
Sesión 8: La voz de la imagen

“Narrar sin palabras es un arte que pone a prueba la elocuencia y la creatividad gráfica del lenguaje como el dibujo en los libros álbum”.

Cecilia Bajour

El silencio es un prerequisite para el pensamiento. Brinda un gran espacio para que se desdoblén, crezcan, compartan, se aclaren y, de esta manera, tengamos más ideas y tomemos buenas decisiones.

Existen muchos tipos de silencios. En esta ocasión me refiero al del libro sin texto, únicamente contiene ilustraciones. *Yo Tengo una Casa*, con imágenes y texto de Claudia Legnazzi es el título del libro. Dividí la actividad en dos partes, en la primera los niños observaron por largo tiempo las ilustraciones y, en la segunda, relaté una historia conforme pasaba las páginas. Preguntaron de dónde salía la historia, si no tenía letras. Los niños parecían confundidos al mirarme con el libro y hablando.



¿Qué piensan de las imágenes? —pregunté.

Dijeron que eran oscuras y que les daba miedo. Miguel dijo que se sentía solo con las imágenes. Isabel mencionó que la casa tenía pies y caminaba como en una película. Cada niño representaba las imágenes de acuerdo con sus sentimientos, al no existir texto ni una historia oficial, eran más libres de analizar los dibujos.

Comenté que podían contar historias, sin necesidad de hablar o escribir, lo podían lograr únicamente usando dibujos. Así que les propuse que armara cada quien una pequeña historia exclusivamente con dibujos.



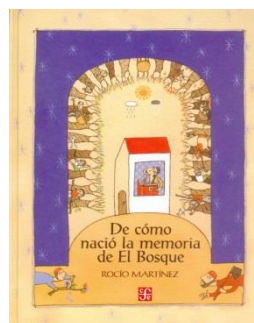


Me llevé una gran sorpresa cuando los niños me mostraron sus dibujos y me contaron su historia. Quizá no comprendía del todo aquellas ilustraciones, pero estaba muy orgulloso de ellos. Al final de todo, pienso que eso es la lectura: encontrar el significado propio a un texto, ya sea escrito o dibujado.



Sesión 9: Recordar es vivir.

Narración bellamente ilustrada que recuerda a los antiguos grabados romanos. Imágenes simples, pero expresivas, con cálidos colores que dotan un ambiente apacible y nostálgico. El personaje central del cuento es un bosque convertido en una mesa que, con el paso de los años, alberga las historias de muchas personas. Paralelamente, la mesa pone en contacto a sus dueños con el bosque. Conforme transcurre la historia este objeto se transforma, aunque siempre conservando en la memoria su origen. Todos estos ingredientes dan como resultado un final sublime que conmueve al corazón más duro.



De cómo nació la historia del bosque escrito e ilustrado por Roció Martínez fue el libro seleccionado esta vez. Tengo un recuerdo muy especial de este libro. Supe de su existencia cuando el profesor Rigoberto, hoy asesor de mi documento

recepional, lo leyó en clase. Me encanta el mensaje, los dibujos y por supuesto la historia de esta obra.

La memoria da sentido a lo que percibimos, logra perdurar por vida. Un suceso se olvida fácilmente, pero gracias a los diarios (la memoria escrita) se mantendrá presente y vivo. la memoria puede ser un recuerdo, un objeto que funcionan como su representación física desde el concepto de la abstracción. Cuando las personas mueren su obra continúa.

Comienza la narración y los ojos se abren casi con desmesura, mientras los oídos se convierten en aguzados receptores de mis palabras. Las imágenes nos permiten leer de otro modo, la cuento y la hago nuestra: se destapan todos los sentidos, asombrados ante los descubrimientos sorprendentes, los sonidos, los aromas, las texturas y los sabores de los que habla la historia.

Los niños tapan su cara con las palmas de sus manos, como un acto de protección, por aquellos acontecimientos que les producen un sentimiento de miedo o repulsión. Mi voz transmite mensajes; sus emociones se horrorizan y apaciguan con el transcurrir de la narración.



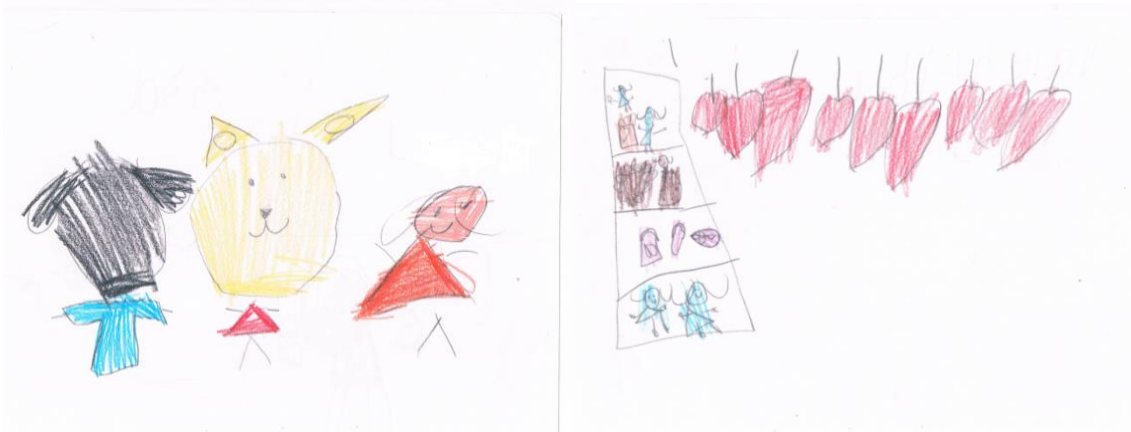
Cuando termino de leer, los niños vuelven a la realidad. Parecen haber despertado de un sueño. En el tiempo de la lectura los sentidos se alteran. Podríamos estar en un salón repleto de personas, aun así lograríamos sumergirnos para abstraernos de la realidad, viajaríamos al interior de nosotros mismos, donde los sentidos quedan al desnudo para dar paso a las emociones más variadas que una historia puede ofrecer. Sólo se trata de que puedan disentir sobre los objetos y las circunstancias que se presenten ante ustedes: éstas pueden recordar cierto número de objetos y producir asociaciones demasiado delicadas y sutiles para que puedan comunicarlas a otros. Sin embargo, a éstas me gusta consentirlas y a veces aferrarme tiernamente a ellas, cuando para hacerlo puedo escapar de la multitud. Dar rienda suelta a nuestros sentimientos (Hazutt, 2012:9).

El oído cobra una gran relevancia, cada palabra es un sonido distinto que altera o calma, es un vaivén de sentimientos. La lectura ofrece una ventana a otra realidad, que habita en el interior de cada sujeto.

Menciona William Hazlitt. Es algo grande librarse de las trabas del mundo y de la opinión pública –perder nuestra inoportuna, atormentadora y duradera identidad personal en los elementos de la naturaleza y convertirnos en criaturas del momento, libres de todo nexos. (Hazutt, 2012:12). Pues leer es dar un paseo.

Los abordo con la pregunta ¿qué sintieron? Iván me dice que esta triste porque el leñador muere. Javier se le une y comenta que cortar el árbol está mal. A Martha se le antojaron los panes que aparecen en la historia. Ismael advierte que la mesa del cuento es como la de él, azul.

Aprovechando la palabra **memoria** (que lleva el título del libro) jugamos un par de rondas de memorama. Fue muy divertido ver cómo atinaban y se equivocaban y mirar cómo se agobiaban por no recordar siempre era un gran espectáculo. Además de realizar esta actividad, les solicité que elaboraran el dibujo de un objeto significativo para ellos, lo que les viniera a la mente para que posteriormente develáramos la historia detrás de sus dibujos.



Dibujo 1, 2 y 3



En el dibujo 1, Jesica plasmó la imagen de sus mascotas.

En el dibujo 2, Ximena muestra la estantería de juguetes de su recámara.

En el dibujo 3, Samuel presenta a sus juguetes preferidos: un astronauta y su patineta.

Sesión 10 : La despedida

Este día leímos *Camino a Casa*, de Jairo Buitrago, ilustrado por Rafael Yockteng. Es un cuento muy corto, pero simbólico, además de muy adecuado para mi despedida.



Una niña sale de la escuela y, para regresar a su hogar, conjura una presencia, entonces un imponente y fuerte león acude al llamado. Al paso de las ilustraciones la pequeña y su guardián recorren la ciudad entre autos, multitudes, calles de asfalto llenas del ruido propio de las grandes urbes.

El libro aborda temas complicados con ternura, pero con seriedad, no esconde la realidad. Considera al joven lector como un ser inteligente, capaz de entender lo dura que puede ser la vida. Enfrentar al mundo nunca resulta sencillo, menos cuando se es un niño. Los golpes de la vida dejan dos caminos: permanecer en el suelo o levantarse y avanzar. Tal es el caso de la protagonista de esta historia, una niña con una monumental fuerza, tesón y de implacable coraje ante la adversidad.

Durante la lectura sentía que se iba mi voz. Hacía todo lo posible por no derramar ni una lágrima, no quería que mis chicos se quedaran con un sabor de boca agridulce. Deseaba que recordaran nuestro breve tiempo juntos con mucha alegría. Sin embargo, mis intentos fueron insuficientes, puesto que los semblantes desolados florecieron uno a uno, aún con las miradas melancólicas.

Por momentos pauso la lectura bajo el pretexto de enseñarles a la perfección los dibujos, pero la realidad era que el sentimiento no me permitía seguir leyendo. Me

encontraba al borde del desconsuelo, como la niña de la historia. Me repongo, invoco mi fuerza interior y sigo con los breves párrafos.

En el último verso del libro, la niña se despide de su gran amigo, el león. Paralelamente yo también lo hago de mis búhos: “puedes irte de nuevo, si quieres, pero vuelve cuando te lo pida”. Pareciera que somos testigos de un instante mágico e irreplicable, de un encuentro que eriza la piel, el alma. La niña del cuento toma una foto donde aparece su padre con una melena muy parecida a la del león. Cierro el libro, alzo la mirada hacia mis oyentes. Las caras decaídas permanecen; guardamos silencio por un momento que pareció eterno.

Opté por no hacer ninguna actividad este día, simplemente quería estar con ellos. Cuando les informé esto a los alumnos, se quedaron desconcertados. Intervine para decirles que la lectura podía ser así: sólo leer y disfrutar sin hacer nada más.

Por unos instantes, postraron su mirada en mí, sólo atiné a decir: “se le llama lectura por placer y la pueden hacer cuando se sientan solos, tristes, aburridos o felices, no importa dónde ni cuándo, los libros siempre los acompañarán”.

Después salimos del salón a compartir el recreo, a jugar y almorzar. Cuando regresamos al salón, me despedí con un pequeño poema de Ángel González:

Otro tiempo vendrá distinto a éste.
Y alguien dirá:
Hablaste mal. Debiste haber contado
otras historias:
violines estirándose indolentes
en una noche densa de perfumes,
bellas palabras calificativas
para expresar amor ilimitado,
amor al fin sobre las cosas
todas.

Pero hoy,
cuando es la luz del alba
como la espuma sucia
de un día anticipadamente inútil,
estoy aquí,
insomne, fatigado, velando
mis armas derrotadas,
y canto
todo lo que perdí: por lo que muero.

Veo las caras de los niños que por diez días fueron mis alumnos, todas sonrojadas por el ejercicio, atentas a mi voz por última vez, se me hizo difícil la despedida. Sabía que les esperaba un gran paso en sus vidas, que era la transición del preescolar a la primaria. Dicha transición está llena de nuevos aprendizajes, personas por conocer. Mientras les decía adiós una vez más, en mis adentros albergaba la esperanza de que jamás me olvidarán, al menos yo no.

¡Hasta siempre mis queridos búhos, les espera un largo y hermoso vuelo!

Hasta este punto es que puedo mirar atrás y decir que todo ha valido la pena, entre el servicio social, las planeaciones de cada sesión. Se me han ido los últimos meses de vida, sin mencionar las largas horas sentado tratando de cuajar algún párrafo. Todo ese trabajo y sacrificio, de un modo, lo vi recompensado al leer el renglón final del libro de esa última sesión, cuando todos los niños se acercaron para abrazarme y rogarme que no dejara de venir a su escuela. Por un lado me sentía contento y por el otro se me partía el corazón. Probablemente ya no vería más a esos traviesos, aun así, estaba orgulloso de lo que logramos juntos. Sembramos la semilla que germinará en los futuros lectores.

4.1 ¿Por qué elegí esos libros?

“Somos lo que hemos leído, o seremos, por el contrario, la ausencia que los libros han dejado en nuestras vidas”.

Tomas Eloy M.

Las bibliotecas personales son una suerte de atlas que nos permiten hacer una autopsia de su dueño, en ellas encontramos sus pasiones y sus manías. Sin duda, a la hora de elegir un libro por más improvisado que sea este acto, aparentemente, hay un impulso inconsciente que nos motiva a hacernos de un libro u otro. La preferencia de una obra no es inocua, pues en ella se esconde una historia además de la del libro mismo.

Vista, sin mucha atención, la lista de libros con la que trabajé no tiene relación alguna entre cada elección; sin embargo, hay un hilo conductor íntimo que los une. Unos títulos contienen algún tema que deseaba expresar, otros guardaban quizá una protesta y unos más fueron plegarias para exorcizar mis demonios.

Siempre me he reconocido como un marginado, alguien que nació con otra estrella, no obstante, al final del día todo le resulta bien. En cada uno de los libros vi reflejadas etapas de mi vida, desde mi infancia hasta la actualidad.

A mi parecer, había armado la lista conforme se presentaba alguna situación. Aunque muy dentro de mí, deseaba ayudar a aquellos niños que, como yo, se sentían rechazados. Por medio de los libros quería decirles que todo estaría bien, que no se preocuparan por encajar, porque, sin que ellos lo supieran, su lugar en el mundo ya lo tenían; asimismo, quería en el camino sanar viejas heridas. Dicho esto, es innegable el lado autobiográfico que me alentó a elegirlos...

Julieta y su caja de colores: es mi vena artística. Es el libro que contiene el deseo de aquel niño que quería ser dibujante de cómics. *El sapo que no quería comer*: representa la etapa cuando tenía una lucha con mi peso. Deseaba comer más sano para sentirme mejor. *A Lucas todo le sale mal*: es mi parte supersticiosa, la que me causa inseguridad; el eterno debate de afrontar nuevos retos.

Ramón preocupón: es mí yo más temeroso, el que da cara a mis inseguridades, a mis vergüenzas, es el terror que me ha paralizado. *Mi princesito:* es mi yo juzgado y señalado, pero también asoma las veces que he criticado y juzgado, es la sombra y la luz dentro de mí. *El monstruo al que le encantaba leer:* este libro ilustra la manera en que, según yo, las personas me miran. Es la fachada la que aleja, pero cruzándola hay algo diferente.

Yo tengo una casa: es el silencio que comúnmente me caracteriza, la preferencia por expresarme a través de otros medios. Es mi rasgo de actuar y no prometer. *De cómo nació la memoria del bosque:* la añoranza de mi infancia, las oportunidades desperdiciadas, los recuerdos que me han salvado la vida, las memorias que me impulsan a seguir mi camino, se ven personificadas en este cuento.

Por último, *Camino a casa:* esta historia es un sostén en estos precisos momentos, ahora que en mi hogar se han suscitado una serie de eventos que nuevamente destrozaron mi convivencia familiar. Si bien tengo a mis padres, es como si no estuvieran, aunque conservo su apoyo no es el que me hace falta. La vida se ha tornado ensimismada, sin una aparente salida. Todos los días es una lucha por mantenerme erguido, conjurando tenacidad para no caer.

REFLEXIONES FINALES

Regresar al prescolar fue un boleto de ida al pasado, lo que vi y escuché, la impresión tan viva que me causaron, me hicieron recordar la aventura de mi primer amor, la alegría de mis primeras amistades que pensaba serían eternas. Cierro los ojos y aún olfateo el polvo de gis en los borradores, el perfume de mis primeras maestras. Con cada respiro me acerco más a aquellos tiempos de parvulario. Volví a sentir ese nervio cuando me enfrentaba a lo nuevo y a lo desconocido. Inhalaba hondo para tranquilizarme, pero la emoción era demasiada.

Oír los lápices contra el papel, las sillas arrastrándose, los gritos, las disputas o cualquier otro ruido de los que habitan sólo en un salón de clase, no tiene comparación. Casi podía escuchar los ecos de las risas y sentir el apretón firme de la mano amorosa de mi madre para infundirme confianza en aquel primer día de escuela, era como volver a recorrer los antiguos pasos de aquella cotidianidad que ya únicamente existe en mis recuerdos, no pude evitar reflejarme en los niños. El pecho se me llenó de una añoranza casi insoportable, aunque no era del todo igual porque ahora regresaba como un profesor.

La experiencia fue maravillosa e impactante. Pese a considerarme un lector constante, nunca había leído en voz alta para alguien más y, al hacerlo frente a aquellos niños, me hizo descubrir otra faceta de la lectura realmente prodigiosa.

Las imágenes de los libros álbum fueron muy importantes para mi labor. Como los pequeños con los que trabajé aún no leen letras, el dibujo me dio la oportunidad de acercarlos a la lectura; además, las distintas técnicas usadas en cada uno de los álbumes aportaban un estímulo visual.

Al comenzar la educación escolar, las letras son el primer conjunto de imágenes aisladas que carecen de sentido hasta que se agrupan y, antes de escribirlas, se dibujan. Si hacemos memoria es posible recordar las imágenes de las ilustraciones

infantiles que acompañaron a nuestras primeras letras. Los dibujos son un apoyo para quienes quieran aprender y leer el mundo exterior.

Comprobé mi idea de que la imagen redimensiona un texto escrito, al descubrir un mundo muchísimo más amplio, con infinitas posibilidades que alientan su imaginación y sus deseos de aprender, de ahí que la ilustración sea un elemento de gran importancia para la promoción de la lectura por placer. Los niños que todavía no saben leer palabras se relacionan con los libros por medio de sus imágenes y, conforme crecen, las letras cobran sentido.

Las ilustraciones juegan un papel característico e importante al interior de los cuentos. Los objetos no están distribuidos al azar y los colores no están usados aleatoriamente. Los tamaños, las formas todo tiene un trasfondo que nos invita a contemplar, a detenernos y obligarnos a pensar. Este último es un acto muy vilipendiado en tiempos recientes, por ello, recalco el valor de las imágenes en los libros como una atracción, una motivación, un lenguaje distinto y un enigma por descifrar. La ilustración en los libros álbum celebra el mundo.

Mis prácticas en el precolar *Gymboree* fueron unas de las experiencias más enriquecedoras de mi formación como pedagogo. Este trabajo me permitió salir a la vida real, a probar todo aquello que en clase y en libros había aprendido en la Universidad Pedagógica Nacional.

Antes de asistir a mi primera sesión tenía muchas dudas, tenía miedo de que los niños no me entendieran por ser muy pequeños, ya que originalmente había pensado el proyecto para alumnos más grandes; sin embargo, una de las mayores sorpresas y satisfacciones fue encontrarme con un grupo de niños muy inteligentes y receptivos. Gracias a eso mi trabajo marchó viento en popa.

Estos proyectos primordialmente intentan transformar al alumno, pero, a fin de cuentas, el docente también sufre una metamorfosis y nos recuerdan que nunca dejamos de aprender. Leer siempre es un placer y es un deber compartir ese sentimiento y no dejarlo para uno mismo. La lectura debe circular y además ser viva

e interactiva. Estoy seguro que los niños también experimentaron el goce de leer. Tuve el obsequio de mirar cómo se transformaron en lectores.

La defensa que nos puede ofrecer la imaginación en situaciones donde nos encontremos atrapados no tiene igual. “La infancia no sólo es el dominio de la pureza, sino que también allí los ángeles de las tinieblas extienden sus alas”, así lo menciona Mercedes Calvo.

Los beneficios de esta práctica son muchos. En primer lugar descubren al libro como un objeto de placer, relevante y, en segundo, los integran como parte de su desarrollo, ya que lo ven como un objeto cotidiano que les divierte; además, les despierta los sentidos a través de la lectura gráfica y al escuchar el texto, así como a la hora de compartir lo que van descubriendo.

Conforme pasa el tiempo, el niño forma su propio criterio, tiene sus libros preferidos, expresan su gusto. No miran al libro como un objeto más y sin importancia, porque saben que debe abrirse para descubrirse y porque con él empiezan a hacer una lectura de los dibujos que los ayuda a decodificar el signo, lo cual les facilita acceder a la alfabetización.

No hay palabras para describir lo que significaron mis días en el precolar *Gymboree*, nunca había tenido la oportunidad de trabajar con un grupo por tanto tiempo. En esta experiencia descubrí mis fortalezas y debilidades como educador, aunado, me sirvió para vencer algunos miedos, como el de interactuar en público.

Si recordamos los objetivos de este proyecto de desarrollo educativo, se planteó como objetivo primordial propiciar el hábito de la lectura en niños de tercer año de kínder, por lo que era necesario elaborar un club de lectura en voz alta, utilizando como herramienta el libro álbum para generar las condiciones y actividades que los condujeran a los libros y a la lectura de una manera más amable.

A mi parecer, cubrimos las metas presentadas al principio de este escrito. Aún falta mucho trabajo por hacer en mis futuros retos profesionales. Esto sólo fue la punta del iceberg.

BIBLIOGRAFÍA

Anthony Browne. (2006). *Ramón preocupón*, Fondo de Cultura Económica, México.

Arizpe, Evelyn, Styles, Morag. (2014). *Lectura de imágenes. Los niños interpretan textos visuales*, Fondo de Cultura Económica, México.

Buitrago, Jairo. (2008). *Camino a casa*, Fondo de Cultura Económica, México.

Calleja Pérez, Save. (1992). *Todo está en los cuentos*, Mensajero, Bilbao.

Carril, Isabel. (2006). *Leer*, Trillas, México.

Castro, Rodolfo. (2002). *La intuición de leer, la intención de narrar*, Paidós, México.

Charria de Alonso, María Elvira, González Gómez, Ana. (2006). *Hacia una nueva pedagogía de la lectura*, Larousse, México.

Chartrand, Lili. (2010). *El horrible monstruo al que le encantaba leer*, Silabario, España.

Estalayo, Víctor, Vega, Rosario. (2003). *Leer bien, al alcance de todos*, Biblioteca Nueva, Madrid.

Ferreiro, Emilia, Gómez, Margarita. (1990). *Nuevas perspectivas sobre los procesos de lectura y escritura*, Siglo XXI, México.

Garrido, Felipe. (2014). *Para leerte mejor*, Paidós, México.

Gutiérrez Toca, Manuel. (2003). *Actividades sensoriomotrices para la lectoescritura*, Inde, Barcelona.

Hazlitt, William, Stevenson, Robert Louis (2012). UNAM, México.

Jitrtik, Noe. (1988). *Lectura y cultura*, UNAM, México.

Kilodavis, Cheryl. (2015). *Mi princesito* Bellaterra, España.

Legnazzi, Claudia. (2001). *Yo tengo una casa*, Fondo de Cultura Económica, México.

López Pellicer, Carlos. (1993). *Julieta y su caja de colores*, Fondo de Cultura Económica, México.

Marina, José Antonio, De la Valgoma, María. (2005). *La magia de leer*, Plaza Janés, Barcelona.

Martínez Pérez, Roció. (2007). *De cómo nació la historia del bosque*, Fondo de Cultura Económica, México.

Montes, Graciela. (2002). *El corra de la infancia*, FCE/SEP, México.

Puga, María Luisa. (2005). *A Lucas todo le sale mal*, Fondo de Cultura Económica, México.

Rodari, Gianni. (1989). Cuentos para jugar, Alfaguara, México.

Rojas, Raúl. (2001). *El arte de hablar y escribir*, Plaza y Valdés, México.

Sastrías, Martha. (1998). *El sapo no quería comer*, Fondo de Cultura Económica, México.

<http://www.librosoa.unam.mx/>